

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

De la sociedad disciplinaria a la sociedad de control

Tesis que para obtener el título de
Maestro en Filosofía
presenta

Salvador Gallardo Cabrera

Tutor: Dr. Carlos López Beltrán



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas

Tesis Digitales

Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Prefacio	 4
Ernst Jünger: Poder y resistencia en la edad de la radiación	7
Michel Foucault: la mudanza de los diagramas de poder	29
William S. Burroughs: feedback desde Ciudad Control al Jardín del Edén	45
Gilles Deleuze: lógica y programa de la sociedad de control	61

Prefacio

Sociedad de control es un concepto creado por Gilles Deleuze para designar las mutaciones actuales de las sociedades disciplinarias que Michel Foucault situó entre los siglos XVII y XIX. Entender que los poderes mudan, que se conjugan en medio de una relación y no desde una esencia, que no se definen por sí mismos, lo debemos a Nietzsche. Foucault construyó el análisis del poder en las sociedades trazando diversos tipos de diagramas: de contorno, sobre las sociedades de soberanía que gravaban la producción más que organizarla, que decidían la muerte más que administrar la vida. Diagramas de intervención sobre las sociedades disciplinarias que operan a través de diversos aparatos –la prisión, la fábrica, el asilo, el hospital, la escuela–; que producen y regulan las costumbres, los hábitos, las prácticas productivas y estructuran el terreno social ofreciendo una lógica propia a la “razón” de la disciplina. Por último, de la articulación ortogonal de la norma de las disciplinas y de la norma de las regulaciones, aparece el diagrama del biopoder, un poder no disciplinario sino regularizador, continuo y sabio, que hace vivir de acuerdo a un programa.

Esta tesis parte una valoración teórica: aún cuando reconocemos sus filamentos, el diagrama disciplinario es nuestro pasado inmediato, lo que estamos dejando de ser. Estamos más allá de los aparatos de encierro, más allá del ojo panóptico centralizado; pero no porque esos aparatos hayan sido contenidos o “humanizados”, como sostienen algunos voceros de la redundancia democrática-liberal. ¿No enfrentamos nuevos tipos de sanción, de educación, de exposición mediática, de tecnovigilancia? Tras los servicios asistenciales, la televisión y la comunicación instantánea, los equipos de asistencia domiciliaria y las escuelas de formación permanente, ¿no existe una

tentativa de control continuo? Una tentativa de modulación subjetiva más que una intromisión en la esfera de la vida privada. Una programación que va más allá de las regulaciones poblacionales, demográficas o de las políticas sociales. En una sociedad de control nada se termina nunca. “Es posible”, escribió Deleuze, “que los más duros encierros lleguen a parecernos parte de un pasado feliz y benévolo frente a las formas de control en medios abiertos que se avecinan.”

Burroughs fue el primero en vislumbrar esas sociedades adictas al control. Foucault estableció una analítica de los modos de subjetivación que se están formando y estableció las escalas en que se juegan las mutaciones en nuestras sociedades. Jünger describió la armazón técnica del mundo, el nacimiento de la edad de la radiación, y la posibilidad de una gran máquina de sobrecodificación planetaria. Deleuze ha establecido la lógica, el programa y las características de las sociedades de control y del capitalismo de superproducción como empresa mundial de subjetivación.

Existe también una serie de obras literarias que enfocan la cuestión del control desde variados puntos de aplicación. Tienen que ver con unas prácticas y unos espacios a los que atraviesan cuestiones relacionadas con el conocimiento, los medios de comunicación, las estrategias de los mercados y las formas de gestión política. Tienen que ver, también, con los nuevos modos de la subjetividad y con los nuevos rumbos del arte. En nuestro tiempo, muchas de las obras decisivas en la construcción de una ontología del presente las hallamos en las colecciones de novelas de ciencia ficción, en las catacumbas electrónicas o en los blogs de los cibernautas.

El objetivo general de esta investigación es analizar los trabajos filosóficos, socio-técnicos y categoriales que describen la mutación de la sociedad

disciplinaria a la sociedad de control. La hipótesis que subyace a este objetivo es que la analítica de los dispositivos disciplinarios emplazada por Foucault, no basta para conocer cómo se trenzan, ahora, las relaciones de poder; en dónde prolongan líneas de los poderes capitalistas postindustriales y en dónde inauguran nuevos ordenamientos, cómo funcionan los dispositivos de control suave, de qué líneas se componen y hacia qué nebulosas de configuración apuntan. Por ello, ha sido necesario emplazar una revisión analítica de otros trabajos teóricos, de otras orientaciones, de otros campos.

Ernst Jünger: Poder y resistencia en la edad de la radiación

La gran mudanza

El tema de la mudanza del tiempo y de las cosas era para el saber romántico un vasto recurso literario antes que un conocimiento contrastable. Una cuadrícula privilegiada para el juego de las representaciones. La mudanza, ese espacio abierto inventado por los griegos, fue convertida en figura retórica; el río que fluye y que es y no es el mismo, la progresión de las estaciones, las mutaciones en el cambiante cuerpo –y en la no menos cambiante alma-. El fluir eterno. Motivo de queja cuando el ansía y el tiempo no corrían al parejo, fue elevada a la categoría de efecto por los románticos. “Es sólo *en apariencia* que avanzamos”,¹ escribió Novalis. La mudanza, bruma lírica. Saber edificante, reserva artificiosa de sabiduría natural.

¿Con qué nuevos ojos se comienza a distinguir la aceleración del tiempo, la cotidianidad del cambio después de la primera guerra mundial?

Algo se ha roto en la realidad del tiempo. Todo lo sólido, según Marx, se desvanece en el aire. Lo que estuvo fuertemente relacionado, ahora ondula suelto. Rilke ve llegar vacías cosas indiferentes; manzanas o uvas que no tenían nada en común con la fruta o el racimo en que había penetrado “la esperanza y el ensimismamiento de nuestros antepasados”.² Ahora, “las cosas vividas y animadas, las cosas que comparten nuestro saber, decaen y no pueden ya ser sustituidas. Nosotros somos los últimos que hemos conocido todavía semejantes cosas”.³

El veneno de la provisionalidad permanente, de la inconsistencia en los medios, de la ambigüedad, constituye un paisaje de transición. En este paisaje se dio una mutación de conceptos e instituciones del siglo XIX; se disolvió el *nomos* hereditario, se redujo el estamento campesino. Con la primera Guerra

¹ Novalis, *Fragmentos*, México, Juan Pablos editor, 1984, p.59

² Rilke, Rainer María, *Rodin*, Buenos Aires, Schapire, s/f de edición, p.71

³ Rilke, Rainer María, *op. cit.*, p. 41

Mundial terminan las monarquías absolutas y la vieja moral parece incapaz de sobreponerse a los hechos.

Se trataba de una época de mudanza, de claroscuro, en la cual los fenómenos netamente definidos perdieron sus contornos. Los antiguos valores ya no tenían curso y los nuevos todavía no se habían impuesto.

Dar nombre a los nuevos poderes era el auténtico riesgo.

La edad de la radiación

La primera gran ficción filosófica de Jünger podría contarse así: los titanes han regresado del olvido en una figura que representa el sentido del mundo en esta época. La aparición de la figura del Trabajador muestra una nueva constelación que, por medio de la técnica, despliega la movilización del mundo. Por tanto, el Trabajador no representa ni un estamento, ni una clase, ni una nación. No es una magnitud económica sino un carácter planetario. Su meta es el dominio total en un Estado Mundial. De ahí que la técnica no sea un órgano del progreso como en el espacio burgués. Su tarea, ahora, es hacer real el dominio: lograr la totalidad del tipo “trabajador” por medio de la movilización del espacio técnico.

Jünger ha dicho que en *El Trabajador* intentó “recobrar las esencias que Marx había destilado de Hegel y ver, en lugar de un personaje económico, una figura...”⁴ Para la figura del Trabajador lo primero es el poder; la economía es secundaria. Lo que muestra un quiebre, una ruptura con la concepción predominante del trabajador en el siglo XIX como un ser falto, sufriente. En ese mismo siglo se formó la idea de nación de acuerdo al modelo del individuo. Pero el Estado nacional, con sus fronteras y leyes, presupone la

⁴ Jünger, E., “Máximas-Mínimas”, en *El Trabajador*, Barcelona, Tusquets, 1990, p.329

tierra repartida para afianzar su poder encubierto, su esclavitud encubierta. Y al Trabajador, dice Jünger, “le repugna la tierra repartida”.⁵ Además, los principios del Estado nacional no bastan para acceder a la identidad del poder y el derecho. De lo cual dio ejemplo la Sociedad de las Naciones cuyo vértice se asentaba en una desproporción: la vigilancia sobre unos espacios enormes de derecho a partir de una potestad ejecutiva risible.

En 1932 Jünger preveía la pérdida de sentido de las fronteras y la crisis de prestigio de los gobiernos representativos. Antes de la guerra de 1939, a la vez que se criticaba su valor como doctrina, en varios estados habían desaparecido ante formas políticas que los negaban. De entonces data lo que posteriormente se conocería como la crisis de la democracia representativa. Según Jünger para remontar ese estado de cosas debería surgir un Estado Mundial. Su dominio debía darse en la superación de los espacios de anarquía, de variabilidad, por un orden nuevo. Sólo el dominio total clausuraría la movilización del mundo.

La técnica había generado la dimensión planetaria de la tierra; la tecnósfera irradiaba al mundo entero. El orden de los estados nacionales no podía hacerse con el control de tal dimensión; sus principios constitutivos colapsaban. De un conflicto casero se desataba una conflagración mundial. La aparición de la figura del Trabajador señalaba esa mutación y la necesidad de un nuevo orden. Ese orden, según Jünger, surgiría de un Estado Mundial.

La visión de Jünger provocó equívocos sin número. *El Trabajador* se publicó en 1932, cuando la mutación alcanzaba su cresta conflictiva. Pero esa visión logró sobrevivir al contexto de su recepción. El curso de los acontecimientos que siguió a la segunda guerra mundial ratificó su pertinencia. Incluso la así llamada “mundialización” o “globalización”, con la que nos aturden a diario, es una vulgarización de la visión jüngeriana.

⁵ Jünger, E., *El trabajador*, ed. cit., p. 165

En *Abejas de cristal* (1957), Jünger narra la historia de un ex oficial de caballería que, una vez terminada la primera Guerra, debe servir en la división de tanques. La técnica ha destruido las competencias individuales, ha modificado la índole del trabajo y de su *ethos*. El capitán Richard, personaje de esta novela, no encuentra lugar en un mundo que prestigia el orden de la uniformidad y suprime la especificidad. La técnica ha evolucionado hasta convertirse en el lenguaje mundial. El poder sobrepasó la esfera del derecho. El fascismo, un totalitarismo suicida, se convirtió en una amenaza planetaria.

La tierra está mudando de piel. Todo es planetario: el telégrafo, las conexiones, el paisaje de talleres. Sin embargo, no hay un orden planetario: “países que se pueden sobrevolar en cinco minutos quieren mantener sus fronteras...”⁶ Habría que desprenderse del concepto de nación tal como lo acuñó la Revolución francesa. De otra forma, ¿cómo se puede administrar razonablemente y valorizar económicamente los potenciales de que se dispone? Pero el cambio de piel asusta “y con razón retrocedemos ante una nueva moral que correspondiese a los hechos”. En un paisaje de transición todo es borroso; el plan total, su dirección y meta, resultan invisibles. El capitán Richard, que entretanto ha aceptado trabajar en una fábrica de prototipos de tecnología avanzada, se sabe presa de un juego que ciertamente facilita mucho la existencia, pero al mismo tiempo la pone en peligro. Porque durante la muda de piel la serpiente queda ciega.

Para una época que ha hecho de la democracia un lugar común o un paradigma político, el pensamiento de Jünger, situado fuera de las tesis liberales, resulta incómodo. Se ha dicho que el Estado mundial es un Estado totalitario; una configuración que alimentó los afanes expansivos del nazismo. Sería más acertado entenderlo a partir de su divisa: “*Imperium et libertas*”.

⁶ Jünger, E., “El Estado mundial”, en *La paz –seguido de El nudo gordiano, El Estado Mundial y Alocución en Verdún-*, Barcelona, Tusquets, 1996, p.187

Además, somos testigos de que el proyecto totalitario no ganó la carrera por la expansión mundial, pero sí lo ha hecho el microfascismo. Con todo, lo decisivo de esta configuración es que junto al Trabajador permite mediar cuánta verdad ha creado la gran ficción jüngeriana.

Cierto, el Trabajador tiene mucho de figura y muy pocos representantes singulares. Ése es el riesgo de un pensamiento, como el de Jünger, que establece una diferencia entre pensar con ideas o con figuras. Pero su concepción del mundo del trabajo como la unidad de la vida en el trabajo mismo, alumbra varias caras de este fenómeno que estaban ocultas.

El trabajo en la edad de la radiación se ha convertido en trabajo dilatado, continuo, donde las supuestas compensaciones (jornadas de ocho horas, descanso sabatino) son, en realidad, restricciones en un sistema global, permanente, que entreteje en una materia intercambiable el trabajo y el tiempo libre. Todo un dispositivo de control; minucioso y productivo. Nadie como Jünger ha sabido extraer los matices de este dispositivo: quien sale de trabajar no se aleja del mundo del trabajo sino que asume una función diferente, “se convierte en un consumidor o en un receptor de noticias”.

Por otra parte, si el Trabajador no se ha impuesto sí lo ha hecho la técnica. Fue justamente la reflexión sobre la técnica la línea de encuentro entre Jünger y Heidegger. En *Heliópolis* (1949) o en *Eumeswil* (1977), las novelas jüngerianas de anticipación del futuro, la técnica ha alcanzado su perfección, es decir, su obviedad. En el periodo de entreguerras, en el lapso que va de 1930 a 1934, Jünger configuró su teoría sobre la irrupción de la técnica como armazón y envoltura planetaria en la edad de la radiación. Una teoría compleja, densamente elaborada, y no únicamente una colección de imágenes o de apuntes tomados en la cresta de los acontecimientos. Es necesario valorar las aportaciones filosóficas jüngerianas en su espesor real. Durante mucho tiempo

nos hemos contentado con la versión canónica que hace de la obra de Jünger una especie de colección de imágenes que Heidegger utilizaría en su pensamiento filosófico, sobre todo en el tramo en que éste se pregunta por la esencia de la técnica y el nihilismo. Y esto no es así, en absoluto. Jünger no sólo anticipó a Heidegger en el planteamiento de estas cuestiones –asunto menor, por cierto- sino que en obras como *La movilización total* (1930), *El trabajador* (1932) y *Sobre el dolor* (1934) creó la plataforma conceptual y los análisis morfológicos de tales cuestiones con un rigor filosófico admirable. A Heidegger, el filósofo que recorría los bosquecillos domesticados como quien escribe *en bustrófedon*, siempre le asustaron las grandes visiones jüngerianas.

De igual manera, si el Estado mundial no se ha realizado en tanto mando único, si se ha universalizado el mercado. La segunda carta de Jünger es una carta ganadora: las naciones se están reabsorbiendo en las patrias, en las regiones, en los caracteres étnicos entramados por un mercado planetario.

Dispositivos de control

En *Heliópolis* y *Eumeswil* a Jünger no le interesa hacer profecías sino anticipar atmósferas posibles. Sus personajes hacen un salto en el tiempo hacia el futuro y por eso pueden, desde ahí, explicar su presente y referirse al pasado. En ese sentido, los dispositivos técnicos que aparecen en sus novelas remiten siempre a un contexto de efectución de los poderes y los controles.

Heliópolis es una ciudad postapocalíptica. Un residuo de los Grandes Incendios. El Regente del nuevo orden mundial gravita entre las esferas celestes y se ha llevado consigo los secretos de las armas pesadas. Posee el monopolio del poder. Su retirada ha dejado un vacío imposible de llenar pues la expectativa de su regreso actúa como una fuerza disuasiva real. Las repercusiones de este vacío en Heliópolis se manifiestan en una mera práctica

política de lo posible; en un frágil equilibrio entre el Procónsul y el Prefecto, entre el poder legal y el poder popular. Sus disputas semejan “simples querellas provinciales y antes o después acaban en el tribunal de arbitraje”,⁷ cuya consideración queda reservada al Regente. La resolución de este estado de cosas sólo podría conseguirse a escala mundial; una solución que ya ha sido tomada aunque sea de forma virtual. Fuera de Heliópolis se hallan las Hespérides, islas de intercambio de bienes e ideas, y más allá de ellas, se extienden los “incierto imperios”, los “dominios maravillosos” que brotaron del perol radioactivo de los Incendios.

La bipolaridad de Heliópolis se dobla también en el control de los medios: el procónsul tiene el dominio sobre el tesoro y el prefecto sobre la producción de energía que constituye la parte socializada de la economía. El consejero de minas, además de resguardar las reservas áureas y coleccionar placas de lirios marinos fosilizados, ha escrito una utopía que considera puede ser la desembocadura racional a la inestable estabilidad de Heliópolis. Para situar su escrito, el consejero de minas dividía el desarrollo histórico de la tecnociencia en tres fases. “La primera fue titánica: se concentró en la construcción del mundo de las máquinas. La segunda fue racional y desembocó en el automatismo perfecto. La tercera es mágica, porque ha dado vida a los autómatas a base de dotarlos de sentido”.⁸

Esta división subvierte el trazo episódico canónico de los manuales de historia de la tecnología. No contempla la época de los instrumentos como extensiones o imitaciones del cuerpo humano -el martillo es el puño-. Tampoco el sentido de la tecnología de los romanos en tanto hazaña, ni la combinatoria, ingenios y artefactos de la alquimia. Quizá lo que Jünger busca acentuar sea la aparición del mundo de la máquina industrial en cuanto éste quiebra la línea orgánica directriz y la línea física directriz a que se ceñían los

⁷ Jünger, E., *Heliopolis*, Barcelona, Seix Barral, 1972, p. 212

⁸ Jünger, E., *Heliopolis*, ed. cit., p. 149

instrumentos y la tecnología antiguos. La máquina resolvió su cometido con medios propios; la mano que cose no hace el mismo trabajo que la máquina de coser. La máquina industrial no sólo cambia la magnitud y la dirección de aplicación de una fuerza; reconduce las fuerzas, las hace actuar bajo determinados presupuestos y así su propia definición prescinde de toda finalidad humana, de la proyección orgánica y, en parte, del mundo mecánico-tridimensional. Se entiende, entonces, que la fase mágica de la técnica sobrevenga a una fuga del mundo mecánico-tridimensional. Los sueños que no pudo cumplir nunca la alquimia son ahora posibles.

Si nos detenemos en los diseños tecnológicos que Jünger pone en juego en sus obras es posible advertir que casi siempre se trata de máquinas perfectamente concebidas. Combinan cuerpos resistentes dispuestos de tal modo que, por medio de sus fuerzas mecánicas, actúan bajo determinados presupuestos. Las máquinas pueden estar formadas por múltiples elementos pero no son conjuntos multilineales como los dispositivos; incluso la definición cibernética de la máquina implica solamente una caja blanca o negra para convertir mensajes de entrada en mensajes de salida. Un dispositivo puede estar transido por líneas no-maquinicas pero siempre maquina una relación; puede ser un engranaje de control o servir como plataforma de resistencia: un mismo dispositivo puede extender lazos de control y líneas afirmativas, de vida. Los dispositivos no funcionan desde la estabilidad ciega o la regularidad permanente: sus líneas de recepción les permite modificarse. Es claro que no hay que pensar en los dispositivos como en supercomputadoras que controlan todo o que están en vías de hacerlo. Los poderes son más sutiles. De ahí la importancia de entender su morfología. Ernst Jünger anticipó máquinas, técnicas y dispositivos. En lo que sigue trataremos de hacerlos aparecer en sus puntos de aplicación.

El fonóforo

El sueño del teléfono es muy antiguo y algunas de sus líneas genealógicas se pierden en el sueño mayor de la ubicuidad. Pero una vez que fue soñado hasta su realización, provocó de inmediato cierto fastidio: -“así que eso es el teléfono; tocan una campanilla y usted responde”. Muchos de los inventos de la era industrial comparten esa misma carencia de aura. Son instrumentos de la nivelación técnica.

El fonóforo, soñado por Jünger en 1949, es la anticipación de los teléfonos móviles celulares. Como tal acentúa el grado de nivelación: “era el medio ideal de la democracia planetaria, un instrumento que vinculaba a todos y cada uno de los individuos de forma invisible”.⁹ Se trata de un pequeño aparato -una caja aplanada que se llevaba en el bolsillo del pecho del que sobresalía apenas el grosor de un dedo- con un disco con conexiones fijas. La nivelación, claro está, sólo funciona en un medio altamente jerarquizado; por ello, hay varios tipos de fonóforo: de universitarios, de los técnicos -color gris aluminio- y el panfonóforo de oro.

El fonóforo es un “simplificador de enorme eficacia”.¹⁰ Lo mismo sirve para establecer la democracia electrónica y permanente, votaciones y consultas, que como vehículo de transmisión de información útil. Cumple las funciones de documento de identidad, pasaporte y la de los instrumentos náuticos y meteorológicos. Comunica automáticamente con cualquier otro fonóforo en el mundo. Indica la situación de la cuenta financiera, expende billetes para viajes. Recibe noticias de todas las agencias y universidades. Permite consultar todos los libros.

Muchas de las líneas tecnológicas de nuestro presente confluyen en el fonóforo. La línea de la miniaturización de los conductores, la línea de la tecnovigilancia del documento único de identidad, la línea de la

⁹ *Ibid.*, p. 162

¹⁰ *Ibid.*, p. 163

hiperconectividad. Pero lo decisivo es que el fonóforo está entramado en un dispositivo rizomático complejo:

La Oficina de Convergencia

La era de la técnica multiplicó los campos que había que investigar y ordenar científicamente. Jünger explica cómo esta nueva mentalidad, que ya apuntaba en los inicios del siglo XX, logró una cohesión a la vez racional y simbólica. Ello soportado en operaciones básicas de registro y estadística que corrían a cargo de las computadoras. Esa racionalidad floreció en las catacumbas; en los pasajes subterráneos a donde fueron llevados las bibliotecas, mapotecas y museos de arte durante los Grandes Incendios.

Los trabajos inauditos para tematizar los saberes de una época, como los que llevaron a cabo los enciclopedistas franceses o Novalis, semejan trazos propios de la edad del hierro vistos desde la racionalidad técnica de la edad de las máquinas inteligentes. No por la fuerza que alimentó esos trabajos sino por la dimensión espacial y la cualidad de abstracción de la nueva racionalidad.

De los talleres subterráneos de abstracción ampliada surgió la Oficina de Convergencia. Un dispositivo que relaciona con un sistema de coordenadas cualquier cosa dotada de forma. Su logotipo está formado por el cruce de una abscisa y una ordenada, “con la blasfema divisa *Stat crux dum volvitur Orbis*”.¹¹ Y así funciona: “un investigador descubriría en una tumba transcaucasiana el asa de un vaso. No tenía más que enviar sus medidas a la oficina de Convergencia, que entregaba los datos a sus máquinas. Una nota del archivero enumeraba los objetos cuyos perfiles tenían mayor o menor parecido con el descubierto. Otros vasos, o dibujos de los calados, jeroglíficos o la vibración

¹¹ *Ibid.*, p. 281

de una concha. Se añadía la documentación escrita procedente de los catálogos de los museos y de la bibliografía...”¹²

Vista así la Oficina de Convergencia parece un sistema de localización avanzado y una matriz decodificadora. Pero tras esa apariencia inofensiva se esconde un dispositivo para utilizar los condicionamientos espaciales del poder. Si se puede localizar cualquier punto en la tierra también se puede amenazarlo. Ello enuncia la mutación exponencial que ha sufrido la estadística: “hacia el interior encarna el saber y hacia el exterior el poder”.¹³ La estadística llevada a sus últimas consecuencias permite probar todo y ahí donde todo es demostrable, todo está permitido.

La plataforma de recepción del dispositivo funciona consensualmente: un algoritmo trazado diagonalmente permite utilizar la múltiple diversidad de los saberes y las cosas del mundo, pero la operación trasciende al usuario así como el algoritmo no aparece en la operación, se sustrae a la operación. El dispositivo se alimenta de los saberes parciales de los usuarios; los utiliza para configurar una matriz asfixiante. Una trama de la que nadie escapa. Toda consulta queda registrada. Cada llamada desde un fonóforo aporta una conexión. Necesariamente, el índice total de las conexiones se establece como virtualidad pura –los controles no requieren índices totales sino configuraciones parciales que les permitan adaptarse y modificarse en un estado continuo de *work in progress*. Tal índice es el sueño de quien navega por el dispositivo pero ese sueño tiene un revés: la eterna vigilia del control. Quien navega va dejando una estela de sus trayectos, de sus paradas y rodeos. Una línea de puntos configura coordenadas y vectores. El ideal de este control sería la conexión total; que la existencia social se agotara en el conectar y desconectar –un ideal que en vida de Jünger la televisión había alcanzado ya parcialmente; un ideal arcaizante, por tanto.

¹² *Ibid.*, p. 282

¹³ *Ibid.*, p. 284

No sabemos qué pasó con el mundo bipolar de Heliópolis ni con el Regente encapsulado en el *spatium*. Quizá no pudieron sobrevivir a la ola de disgregación que siguió al colapso del Estado Mundial -si ola está en la raíz de colapso, ¿cómo le sigue?-. Se podría decir que Eumeswil es el horizonte de Heliópolis a condición de no entender ese horizonte en un sentido histórico. En Eumeswil ya no queda sustancia histórica; es imposible distinguir ahí entre fundamento y causa: “una ciudad en la que nada parece real y todo parece posible”.¹⁴ Con sus territorios y sus islas configura un espacio intermedio entre los reinos de los grandes khanes y las ciudades-estado de los epígonos. Morfológicamente, esta situación semeja al orden-mosaico posterior al resquebrajamiento del imperio de Alejandro. Jünger nos pone en la pista de ello al señalar que *Eumeswil* viene de Eumenes, el griego entre macedonios. Se refiere al diádoco de Pérgamo.

En esa ciudad sin espesor histórico, donde la masa es ahistórica y la élite se evade en sueños metahistóricos, un historiador que sirve como barman en la alcazaba del tirano de Eumeswil utiliza el luminar para sus exploraciones por el pasado. Pero “utilizar” no es la palabra adecuada. El luminar proviene de la fase mágica de la técnica, según la división que estableció el consejero de minas de Heliópolis que se citó arriba, y a un dispositivo tal no se le “utiliza”; más bien se le “conjura”. En el luminar se “siguen” los detalles, por ejemplo, de la visita de Rousseau a Hume; se “toma parte” en un desfile o en una revista de tropas; se “hace pasar ante” una serie de sucesos relacionados —el asesinato de Julio César, el de Sarajevo—; se “está” con Boecio en su mazmorra y con María Antonieta en el Temple. El luminar, como la Oficina de Convergencia, se fraguó en las catacumbas. Es un producto de una pasión

¹⁴ Jünger, E., *Eumeswil*, Barcelona, Seix Barral, 1981, p. 34

archivadora que “parece desbordar todo propósito histórico”¹⁵ y, a la vez, del miedo a la aniquilación, al fin del mundo por el fuego: “esto da pie a la existencia subterránea: perforaciones, excavaciones, catacumbas, actividades plutónicas de toda especie...”¹⁶

¿Es el luminar una biblioteca ilustrada? ¿Un archivo histórico animado? “En las catacumbas no sólo crearon enciclopedias de inmensa extensión, sino que también las activaron. No sólo se escribió historia, sino que se la representó. Se la hizo volver al tiempo, se la presentó con sus imágenes y sus actores.”¹⁷ Cuando se cita una determinada escena, se llega al conjuro mágico. Si se cita el plan mundial de Fourier, aparece como ya realizado: emergen las altas torres blancas de los falansterios entre los campos de cultivo, en toda su dimensión espacial. Algunos de los días de la vida de Tiberio están registrados minuto a minuto, en tiempo real sólo que muerto. Y todavía más: el fallido boceto que hizo Engels de Max Stirner, el autor de *El Único y su propiedad*, fue revisado y corregido en el luminar por los mediums que habitan en las catacumbas como en una república subterránea o topera de sabios.

El luminar es un dispositivo con una pantalla, un teclado, un transformador. A la transmisión de los textos y a su combinación suma representaciones escénicas. Todo está allí, todas las interconexiones posibles, cruzándose, desplegándose en cualquier tema seleccionado, y todo ello en una espiral inabarcable que en cada punto que se va tocando crece como un laberinto infinito. Sí, el luminar “es una máquina del tiempo que, además, lo elimina por superación.”¹⁸ Una máquina del tiempo que anticipa a internet —*Eumeswil* fue publicada en 1977— por sustracción del tiempo real y por inconmensurabilidad. Muchas máquinas del tiempo han sido soñadas, nunca un dispositivo como el luminar que alcanza el estatuto de personaje de una de las mayores novelas de la literatura europea del siglo pasado; una novela que además de ser un bello y

¹⁵ Jünger, E., *Ibid.*, p. 137

¹⁶ *Ibid.*, p. 139

¹⁷ *Ibid.*, p. 147

¹⁸ *Ibid.*, p. 150

acucioso estudio sobre la anarquía logra dibujar en nuestro mundo hiperconectado-insular las relaciones entre la historia y un tipo nuevo de resistencia: la del anarca. Pero el luminar es también una máquina del tiempo que funciona como un simple libro, sin cables ni pantallas mas abierto y enlazado al afuera, donde desde el presente de la novela, que es el futuro del lector, se explica el pasado de la novela, que es el presente del lector. Los bibliófilos irregulares y los lectores del pretérito imperfecto –sin pantallas-, agradecemos ese guiño con que Ernst Jünger despide su novela.

Resistencia, personajes conceptuales, modos de subjetivación

Los puntos de interés de Jünger son múltiples; lo mismo dirige su atención a los fundamentos de la guerra que a las experiencias con drogas, las consideraciones acerca de nuestra época, los saberes ocultos de la tradición, los relatos de viajes, la entomología y las ciencias naturales, las gramáticas antiguas, la literatura fantástica, los mecanismos de transmisión del poder, las culturas fundacionales y sus mitos, el salto de lo micro a lo macro, los saberes yuxtapuestos en un mismo estrato: la astrología tanto como la astronomía, la ordenación de Linneo y las cualidades mágicas de las plantas.

A esta multiplicidad de intereses responde una diversificación de formas literarias que siempre están imbricadas, en constante combinación: la luminosa mezcla de las especies. Pocas escrituras han sacado de la propia vida tanta literatura. Pero también muy pocas vidas de escritor han sido vividas de una manera tan poco literaria, fuera de los cubículos, fuera de los congresos y los circuitos de promoción; en la línea de resistencia al presente. De ahí la ambivalencia que rodea su vida y su escritura. Ambivalencia, no confusión. Escritura donde lo exacto pesa más que lo bello, lo necesario más que lo moral.

En el camino de la ambivalencia o del desmarcaje Jünger se mueve como uno de sus escarabajos favoritos. Como la cicindela en la arena, primero aguarda inmóvil, después centra un objetivo y se precipita sobre él antes de fijarse de nuevo en la inmovilidad. ¿No es éste el movimiento de las digresiones que ramifican su discurso con nuevas tramas y datos hasta hacer del discurso una suma de digresiones? La digresión es un “extraño” en el discurso. Un extraño bienvenido que va a contar sus propias historias.

Al movimiento de la cicindela aspiran las figuras jüngerianas de resistencia al presente. Los peligros del presente, en correspondencia a un pensamiento de figuras, son caracterizados por símbolos. El símbolo de nuestras sociedades es el Titanic: en él aparecen juntos la *hybris* del progreso y el pánico, las máximas comodidades y la destrucción, el automatismo y la catástrofe. En su interior, las propuestas libertarias liberales nada pueden ante el automatismo que quiebra la libre voluntad y ante la coacción que se ha tornado compacta y universal. En el Titanic, que es el mismo tiempo Leviatán, “la oposición es un estímulo para los dueños de la violencia”.¹⁹ La propaganda sustituye a la moral; las instituciones son utilizadas como instrumentos de perpetuación del poder. Los derechos individuales han adquirido una naturaleza dinámica: se fundan en el poder no en su propiedad como se concede por estatuto constitucional. Por ello, la moral y el derecho no concuerdan; la mayoría puede tener el derecho a su favor y ser al mismo tiempo injusta.

¿Cómo hacer, entonces, visible la libertad en la resistencia? Cuando el no estipulado como derecho en las constituciones liberales sólo sirve para otorgar curso legal al sí mayoritario; cuando ese no ya estaba previsto en la forma en que se realiza la elección, ¿cómo hace la persona singular para salir de la estadística?

¹⁹ Jünger, E., *La tijera*, Barcelona, Tusquets, 1993, p. 96

Jünger tantea en terrenos que escapan a la tiranía del lugar común de la democracia liberal representativa. Muchos han visto esta actitud como un signo claro de su vocación guerrera e irracionalista, de rechazo al universalismo de las formas democráticas de vida. Se trata, dicen, de explicaciones suprahistóricas de corte fatalista o de propuestas metapolíticas que acomodan los hechos sin ninguna responsabilidad.

“Intimismo esencialista” resume, en un marbete, la desaprobación a la postura jüngeriana. Desaprobación apresurada si se toma en cuenta que desde otro lado de la reflexión democrática contemporánea se atiende justamente el fenómeno radical señalado por Jünger, es decir, la igualdad pasiva frente a las enormes diferencias de función que lleva a considerar las disposiciones que se identifican con la democracia liberal como trazos para un época más lenta y socialmente menos compleja que la nuestra.

En la obra de Jünger se distinguen dos figuras que están en relación directa con el problema de la libertad en la resistencia, con la posibilidad de creación de nuevos modos de subjetivación: el Emboscado y el Anarca. Pero en letras minúsculas, entre los actos de las figuras y los datos de época, aparece la “persona singular”, una especie de estrato liberal cuya función es servir como índice de los peligros y las disyuntivas que atraviesan nuestro tiempo.

La Emboscadura (1951) es una revisión de *El Trabajador*, un ensayo sobre la posibilidad de la libertad dentro de nuestra situación histórica. Es también un diálogo con el Camus de *El Hombre Rebelde*: “yo me rebelo, luego somos”.²⁰ Irse al bosque, emboscarse, no conforta ni trae paz. “No es una actividad idílica ni un acto romántico”.²¹ No cabe escoger entre el bosque y la nave, el Titanic. Es más bien “trasladarse del orden abarcable de la estadística a otro

²⁰ Camus, A., *El hombre rebelde*, Madrid, Alianza-Losada, 1982, p.31

²¹ Jünger, E., *La emboscadura*, ed. cit., p. 74

orden, invisible”. La disyuntiva que le plantea nuestro tiempo a la persona singular es o bien poseer un destino propio o bien tener el valor de un número. Por ello el autor es un emboscado, su sustento es la independencia. El emboscado está decidido a ofrecer resistencia y tiene como propósito llevar adelante la lucha sin detenerse en que la consecuencia ética del automatismo es la fatalidad.

Emboscarse era una antigua práctica islandesa que seguía a la proscripción. Mediante la emboscadura “proclamaba el hombre su voluntad de depender de su propia fuerza y afirmarse en ella sola...”²² El bosque era el lugar de la libertad. Jünger actualiza esa práctica para mostrar que existen medios de resistencia diferentes a los del *no* institucional. La doctrina del bosque parte de una confrontación del hombre consigo mismo pero el propósito de tales medios no es la simple colonización de reinos interiores: “no podemos limitarnos a conocer la verdad y la bondad en el piso de arriba mientras en el sótano están arrancando la piel a otros”.²³ El emboscado sabe que la posibilidad de conculcar los derechos está “en relación directamente proporcional a la libertad con que se enfrenta”. Por eso, no le permite a ningún poder que le proscriba la ley, ni por la propaganda, ni por la violencia. Así, la emboscadura puede hacerse realidad a cada hora, en cada sitio, también frente a una enorme superioridad de fuerzas. Contra esas fuerzas superiores las rutas extremas sirven si se mantiene franco algún camino transitable.

Mientras que la rebelión del hombre rebelde de Camus era el acto de un hombre informado que posee la conciencia de sus derechos individuales para el emboscado la libertad acaso exija dejar al tiempo, como botín, la cualidad de individuos tal como la entendió el liberalismo. Camus piensa que la idea de la rebelión sólo tiene sentido en la sociedad occidental pero continuamente apela a la “humanidad”, ya sea como prueba de la solidaridad rebelde, ya sea para

²² *Ibid.*, p.88

²³ *Ibid.*, p. 129

encontrar el nexo entre la experiencia del sufrimiento individual y la conciencia posterior del ser colectivo. La divisa del emboscado es *aquí y ahora*, en cualquier lugar, a solas u organizando una minoría selecta que marque frente a Leviatán las medidas de una libertad válida; una libertad que es preciso readquirir una y otra vez.

La figura del anarca está encarnada en Martín Venator, historiador de profesión, barman en la alcazaba del tirano de Eumeswil, el Cóndor. Una posición –otra vez como la cicindela– situada en la zona estratégica que separa el mar del bosque. El mar es el reino de Leviatán, el bosque el indeterminado lugar de la libertad; la constelación dominante es acuario.

El anarca es la contrapartida positiva del anarquista. Es una figura donde Jünger mezcla algunos principios genealógicos debidos a Nietzsche con observaciones de tipo geológico. Así, una precisión geológica transparenta a *Eumeswil* como un “aluvión de acarreo de una masa popular sobre zócalo alejandrino”. El anarca encuentra su sedimento genealógico, su linaje, en la taberna de “Jacob Hippel”, lugar de reunión de Bruno Bauer y Los Libres. Mejor conocidos como la Sagrada Familia gracias a un panfleto que escribieron en su contra Marx y Engels. A esas reuniones asistía Johann Caspar Schmidt a quien sus compañeros apodaban “frontudo” (Stirner), apodo que convirtió en el apellido perfecto para un nombre invisible: Max. Max Stirner, autor de *El Único y su propiedad*. El Único dice:

...esto no es mi causa. Nada hay superior a mí. No siendo mi objeto derribar lo que es, sino elevarme por encima de ello, mis intenciones y mis actos no tienen nada de político ni de social... la revolución y la insurrección no son sinónimos; la revolución ordena instituir. La insurrección quiere que uno se subleve o se alce... Yo he basado mi causa sobre nada. Mi causa no es divina ni humana, no es ni lo verdadero, ni lo

bueno, ni lo justo, ni lo libre, es lo mío; no es general, sino única, como yo soy único.²⁴

Jünger recorta la figura del anarca a partir de una espiral de contraposiciones que gira sobre la persona singular, en este caso, muy cercana a los atributos del “hombre natural”, del Único: el anarquista es el antagonista del poderoso, el anarca es su polo contrario. El poderoso quiere dominar a todos, el anarquista quiere acabar con él, el anarca sólo busca dominarse a sí mismo –por ello tiene una relación objetiva, y escéptica, respecto del poder.

El anarquista ha sido expulsado de la sociedad; el anarca ha expulsado a la sociedad, no quiere mejorarla sino mantenerla a distancia.

Venator puede conservar su libertad y servir como camarero porque no se compromete con nada; no toma nada con definitiva seriedad, no al modo nihilista sino como un centinela en la línea de avanzada. Únicamente retrocede ante el disfraz de la entrega última, los juramentos, el sacrificio. Los problemas morales o de derecho son para él accidentes de circulación que, a lo más, exigen cambiar de camuflaje: el anarca puede revestir todos los disfraces. “Puede, por ejemplo, trabajar tranquilamente tras una taquilla o en una oficina. Pero cuando las abandona, por la tarde, desempeña un papel totalmente diferente”.²⁵

Su actuación política semeja la de un Robinson por la “naturalidad” en sus elecciones, por la simpleza de sus definiciones cuando hace calor se quita el sombrero, cuando llueve abre el paraguas, cuando tiembla sale de casa. No está a favor ni en contra de la ley, no la reconoce pero procura conocerla. Al anarquista, en ese mismo sentido, un simple control de pasaporte le resulta funesto.

²⁴ Stirner, Max, *El Único y su propiedad*, México, Juan Pablos, 1976, p.108

²⁵ Jünger, E., *Eumeswil*, ed. cit., p. 341

El anarca está más afirmado en sí mismo que el emboscado. Sin embargo, no es un individualista. No se presenta como “gran hombre” o “espíritu libre” por una razón de método: su meta no es la libertad ya que ésta es su propiedad. Además, tiene un grado mayor de distanciamiento respecto de cualquier tipo de idealismo. Quizás esto se deba a que en Eumeswil se ha consumido la sustancia histórica y el catálogo de posibilidades parece agotado. Resulta necesario que en un lugar así se acentúe la nostalgia por la configuración de mitos.

Hay una cierta ambigüedad en la configuración del emboscado y el anarca. Algunos de sus rasgos decisivos los sitúan como figuras transhistóricas. Pero esta ambigüedad transhistórica, como han visto Deleuze y Guattari, no las descalifica porque esas figuras arrastran otras —el Trabajador, el Soldado, el Rebelde— en una línea de fuga común. No son viejos mitos ni figuras arcaicas; son la nueva figura de un agenciamiento (*agencement*) transhistórico, ni histórico ni eterno, sino intempestivo.

El lugar de la palabra es el bosque. El bosque es el lugar de la ambivalencia, de la libertad indeterminada, de la vida y la muerte. Al final de la novela, Venator viaja a los bosques después de lograr el distanciamiento total frente a la existencia física. Al final de *Heliópolis* Lucius de Geer inicia un recorrido hacia “donde se realizan los auténticos sueños”. Se trata de viajes al reino de lo ilimitadamente posible; donde “la esperanza conduce más lejos que el terror”.²⁶ El reino de las palabras, una vía libre y salvaje donde el autor tiene que asumir sus riesgos “aunque sea él mismo uno de los animales contra los que está prohibido tirar”. Allí, explica Jünger en *La Tijera* (1990), “es posible hacer visible lo invisible; las cosas que no están presentes podemos acercarlas

²⁶ Jünger, E., *La tijera*, ed. cit., p. 116

a la razón mediante parábolas, y a la intuición, mediante símbolos”.²⁷ ¿Y no es esto justamente lo que ha hecho Ernst Jünger? ¿Nombrar lo invisible junto al muro del tiempo? ¿Mostrar que la resistencia puede ser posible aún en un presente que la hace aparecer como estrategia impracticable? Señalando a quien quiera ver que el camino puede convertir en meta a cada momento si al pensar o al crear se resiste.

²⁷ *Ibid.*, p. 134

Michel Foucault: la mudanza de los diagramas de poder

Los espacios, la escalometría

Michel Foucault fue un gran pensador del espacio, de los espacios. Cuadros, casillas, diagramas, dispositivos, formas celulares, un triedro, cuadriláteros, tablas clasificatorias, líneas genealógicas, series, dimensiones, campos, dominios, intersticios, panópticos, ordenaciones en cuadro o en malla, ciudades sitiadas por la peste, coordenadas de buques hospitales, lienzos, arquitecturas, geometrías, desplazamientos, pliegues.

Nadie, después de Swift, había pensado el poder en relación con las escalas. Foucault creó un plano de escalas, toda una escalometría. Se podría decir que la densidad de poder es un dato que debe situarse en función de la escala considerada. La disciplina, por ejemplo, es una “anatomía política del detalle”.¹ Una anatomía que distribuye a los individuos en el espacio en una microescala por medio de procedimientos menores, ínfimos, modestos si se comparan con la escala fastuosa de los rituales de poder de la soberanía. Así como la prisión supone una materialidad y una física distintas a la del teatro punitivo y del cadalso, así también la disciplina introduce un cambio en la escala del poder.

Gracias a ese plano de escalas con el que Foucault supo investir sus investigaciones históricas, es posible advertir los deslizamientos entre un diagrama y otro. La escalometría permitió a Foucault ser un nominalista en historia. No más esos ciclos de recurrencia y uniformidad, ni esa atención al tiempo desigual de la grandeza y la decadencia de los imperios, de los regímenes o de las instituciones. Una mirada útil sobre los diagramas de poder permitiría, en cambio, descentrar sus coordenadas, hender sus supuestas estructuras temporales y practicar un trazado de escalas diferentes. Incluso a

¹ Foucault, M., *Vigilar y castigar*, México, Siglo xxi editores, 1998, p. 145

escala local, densidades parecidas tienen un contenido diferente: las tecnologías disciplinarias del hospital o de la escuela están emplazadas para “fabricar” individuos, pero la inspección jerárquica, la sanción normalizadora y el examen cobran dimensiones distintas en una u otra. Una misma densidad, considerada en diferente escala, genera una distorsión en el campo de relaciones.

Esas escalas permitirían observar la mudanza de los diagramas; funcionarían como indicadores de una torsión o de un desplazamiento. ¿Existe una progresión que iría de la sociedad de soberanía a la disciplinaria y, de ésta, a la sociedad de control? ¿El diagrama de soberanía fue sustituido por el disciplinario que, a su vez, está siendo sustituido por el diagrama de control? ¿Se pasó de un Estado territorial a un Estado de población y, ahora, se transita a un Estado de control? ¿Hay algo así como una secuencia ley-disciplina-control? ¿O un desenvolvimiento unidireccional prohibición-prescripción-regulación?

En *Seguridad, territorio, población* (Sécurité, territoire, population), el curso que dictó en el Collège de France entre 1977 y 1978, Foucault ensayó varias tentativas para mostrar cómo mudan los diagramas. Desde su presente, el presente de las sociedades de control, que en ese momento llama de “seguridad”, explica: “si tomamos los mecanismos de seguridad contemporáneos, es evidente que la actitud no constituye en modo alguno una anulación de los mecanismos disciplinarios”.² Más adelante, agrega: “No tenemos de ninguna manera una serie en la cual los elementos se suceden unos a otros y los que aparecen provocan la desaparición de los precedentes. No hay era de lo legal, era de lo disciplinario, era de la seguridad”.³ No hay sucesión ley, luego disciplina, luego seguridad (control). Esto es así porque las

² Foucault, M., *Seguridad, territorio, población*, Argentina, FCE, 2006, p. 22

³ Foucault, M., *Ibid*, p. 23

tecnologías de poder no son inmóviles; no son estructuras rígidas que apunten a inmovilizar procesos vivientes gracias a su misma inmovilidad. Las tecnologías de poder no dejan de mudar bajo la acción de numerosos factores: “cuando una institución se desmorona, no es forzosamente porque el poder que le servía de base ha quedado fuera de circulación. Puede ser porque se ha tornado incompatible con algunas mutaciones fundamentales de esa tecnología”.⁴

Así sucedió con algunas tecnologías de poder disciplinarias en la segunda mitad del siglo XVIII: fueron englobadas, integradas, modificadas parcialmente y utilizadas implantándose en una tecnología no disciplinaria, de otro nivel, de otra escala, que ya no se dirige a los cuerpos, sino que se aplica a la vida de los hombres, al hombre/especie.⁵

Las tecnologías del biopoder no excluyeron, ni sustituyeron, entonces, a las tecnologías disciplinarias. ¿La tecnología regularizadora de la vida está superpuesta a la tecnología disciplinaria del cuerpo?

Para Foucault, lo que cambia entre los diagramas es el sistema de correlación entre los mecanismos jurídicos legales, los mecanismos disciplinarios y los mecanismos de seguridad (control). En un primer momento parecería que lo que existe es una manera de sumar, de hacer funcionar las viejas estructuras de la ley y de la disciplina –además de los mecanismos de seguridad (control) propiamente dichos. Una superposición de planos como si varios edificios complejos gravitasen juntos. Pero cada diagrama tiene su escala: la normalización que pone en juego el control no es del mismo tipo que la normalización disciplinaria, por ejemplo. Los mismos mecanismos disciplinarios tenían una larga historia vistos uno a uno. El punto de irrupción de la tecnología disciplinaria, en el siglo XVIII, muestra que al generalizarse,

⁴ *Ibid.*, p. 138

⁵ Foucault, M., “Il faut défendre la société”, en *Dits et écrits II*, 1976-1988, Paris, Gallimard, 2001, p. 124 y ss.

esos mecanismos alcanzaron una escala donde el aumento de poder y la formación de saber se reforzaban regularmente según un proceso circular.

Del funcionamiento de esa maquinaria inmensa y minúscula a la vez, de ese juego de escalas que intervienen, surge la impresión de que la sociedad disciplinaria es una sociedad de encierro. Y sin embargo, como ha mostrado Ewald, la difusión de las disciplinas hace homogéneo el espacio social; lejos de escindir y poner tabiques.⁶ El encierro disciplinario no es segregativo. En la mutación de los diagramas, ¿se trata de un salto de una escala a otra? ¿De una adaptación a nuevas relaciones de fuerzas o de mecanismos que se desplazan en la medida en que no alcanzan jamás del todo su objeto?

De la disciplina al biocontrol

Estamos en el congreso nacional de electrónica en Chicago. Los congresistas están poniéndose el abrigo. Un conferencista habla con voz plana:

El desarrollo lógico de la investigación encefalográfica es el biocontrol, es decir, control de movimiento físico, procesos mentales, reacciones emocionales e imprecisiones sensoriales aparentes, con señales bioeléctricas inyectadas en el sistema nervioso del individuo ... El aparato de biocontrol es el prototipo del control telepático unilateral.⁷

William S. Burroughs creó el concepto *biocontrol* en 1959, en un pasaje de *El almuerzo desnudo* (Naked lunch). Es interesante que asociara tal concepto a un código maya: según la lógica del biocontrol, los sacerdotes usaban emisores telepáticos unidireccionales para dar instrucciones a los trabajadores sobre qué y cuándo deben sentir. Un Emisor telepático debía emitir todo el tiempo. No podía recibir nunca pues, de lo contrario, significaría que alguien más tenía sensaciones propias y, por tanto, podría interrumpir o interferir su

⁶ Ewald, F., “Un poder sin un afuera”, en *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa, 1990, p. 164 y ss.

⁷ Burroughs, W. *Naked lunch* (the restored text), N.Y., Grove Press, 2004, p.132

funcionamiento. Debía emitir todo el tiempo, pero no podía recargarse sin contacto y antes o después se quedaba sin sensaciones que emitir.

Eso significaba el fin del Emisor, y de la emisión de control, ya que no podía haber más que uno en un espacio-tiempo determinado. Entonces, la pantalla se quedaba en blanco; el Emisor se convertía en un ciempiés gigante y los trabajadores lo quemaban.⁸

Foucault se aseguraba siempre de proteger a sus escritores más amados de la divulgación hueca y de la cita gratuita. Los utilizaba como quien usa una caja de herramientas: con una atención cercana a un límite compartido. Así usó párrafos enteros de Marx o de Nietzsche, y ni los marxistas ni los nietzscheanos académicos se dieron cuenta. Así también reconfiguró el concepto de biocontrol que Burroughs había inventado.

Al final de *Vigilar y castigar* (Surveiller et punir, 1975), Foucault dice que el punto ideal de la penalidad en nuestro tiempo sería la disciplina indefinida. Un interrogatorio que no tuviera final, una investigación que se prolongará sin límite en una observación minuciosa y analítica, un juicio que fuese, a la vez, un expediente jamás cerrado.⁹ Para Deleuze, una de las características más oscuras de la sociedad de control sería justamente que nada termina nunca.

Lo que permite la transformación de la disciplina-bloqueo en disciplina-mecanismo es la norma. La norma es un principio de comparación, una “medida común que se instituye en la pura referencia de un grupo a sí mismo cuando ese grupo ya no tiene otra relación que la que guarda consigo mismo, sin exterioridad”.¹⁰ El espacio normativo no conoce un afuera: integra todo lo

⁸ Burroughs, W., *Naked lunch*, ed. cit., p. 135 y ss.

⁹ Foucault, M., *Vigilar y castigar*, ed. cit., p. 304 y ss.

¹⁰ Ewald, F., *op. cit.*, p. 167

que quisiera excederlo y nadie puede considerarse exterior o reivindicar una alteridad; incluso, la anomalía no es anormal, la excepción está en la regla.

De ahí que las disciplinas no sean necesariamente normativas. O, mejor, que sea justo la transformación de la disciplina-bloqueo en disciplina-mecanismo lo que marque el advenimiento de la sociedad normalizada, de la sociedad de control.

Habría que detenerse en el contraste entre disciplina y biopoder. Las técnicas de poder disciplinarias se centraban fundamentalmente en el cuerpo y en los procedimientos mediante los cuales se aseguraba su distribución espacial: su separación, su alineamiento, su puesta en serie y bajo vigilancia. También se aseguraba la organización, a su alrededor, de un campo de visibilidad. Técnicas de racionalización y economía de un poder que se ejercían de la manera menos costosa posible por medio de un sistema de vigilancia, jerarquía, inspecciones, informes.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII aparece otra tecnología de poder, no disciplinaria. El biopoder está destinado a la multiplicidad de los hombres, pero no en tanto cuerpos, sino en la medida en que forman una población, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida. “Población” no quiere decir simplemente un grupo humano numeroso, sino seres vivos mandados y regidos por procesos y leyes biológicas. Una población, según Foucault, tiene una tasa de natalidad, de mortalidad, tiene una curva y una pirámide de edad, una morbilidad, un estado de salud.

La disciplina individualiza. El biopoder es masificador. Desde la escalometría, la disciplina es una anatomopolítica del cuerpo humano, y el biopoder una biopolítica de la especie humana, una tecnología regularizadora de la vida, cuyo interés son los procesos como la proporción de los nacimientos y las defunciones, la tasa de reproducción, la fecundidad de una población.¹¹ El

¹¹ Foucault, M. “Il faut défendre la société”, ed cit., 136 y ss.

biopoder busca establecer mecanismos reguladores que puedan fijar un equilibrio en una población, mantener un promedio, controlar la serie de acontecimientos aleatorios que pueden producirse en una masa viviente; procura controlar su probabilidad o compensar sus efectos.

Tenemos, entonces, que el biopoder se aplica globalmente a la población, a la vida, a los seres vivientes, mientras que la disciplina se aplica singularmente a los cuerpos mediante las técnicas de vigilancia, las sanciones normalizadoras y la organización panóptica de las instituciones punitivas.

En el biopoder el Estado aparece como estrato de regulación. Ello llevará a Foucault a una recolocación de sus puntos de aplicación. En el mencionado curso *Seguridad, territorio, población* Foucault deja a un lado la historia de las tecnologías de seguridad (control) y redirige sus investigaciones al proyecto de una historia de la gubernamentalidad. Así, el análisis de las condiciones de la formación de la biopolítica cede su lugar al examen de la gubernamentalidad liberal. Como ha señalado Michel Senellart, el triángulo problemático seguridad-territorio-población, que servía de marco inicial a la investigación, es sustituido por la serie seguridad-población-gobierno.¹² Quizá en esta fractura comienzan a crecer las preguntas por el gobierno de sí y de los otros que señalan el paso de una analítica del poder a una estética del sujeto.

Foucault veía en el surgimiento del biopoder, del poder sobre la vida, una mutación capital; sin duda una de las más importantes en la historia de las sociedades modernas. Pero parece como si el concepto de biopoder exigiera su reubicación en el marco más amplio de la gubernamentalidad a fin de ser verdaderamente operativo. Es en ese momento que Foucault abandonará el modelo de la batalla como analizador de las relaciones de poder y lo sustituirá por el concepto de gubernamentalidad.

¹² Senellart, M., “Situación de los cursos”, en *Seguridad, territorio, población*, ed. cit., p.436

En sus cursos Foucault practicaba uno de sus métodos preferidos: el desplazamiento lateral. “Soy como el cangrejo”, decía, “me desplazo lateralmente.” Así que en un campo tan escabroso como el de la gubernamentalidad ensayó varios desplazamientos. Primero, una rectificación: en *Vigilar y Castigar* (Surveiller et punir, 1975) había escrito que no se podía comprender la introducción de las ideologías liberales, y de su política, en el siglo XVIII, sin tener presente que el mismo siglo que había reivindicado las libertades con tanto énfasis también las había lastrado con una técnica disciplinaria de extracción de fuerzas de los obreros, los niños, los soldados, las mujeres en los talleres. La rectificación va en el sentido de que esa libertad liberal, a la vez ideología y técnica de gobierno, “no es otra cosa que el correlato de la introducción de los dispositivos de seguridad”.¹³ Tales dispositivos sólo podían efectuarse en un medio de libertad liberal, es decir, ya no los privilegios asociados a una persona, sino la posibilidad de movimiento, desplazamiento y circulación de las personas y las cosas. Luego, realiza una ampliación del campo del biopoder para entramarlo con la gubernamentalidad: añade la cuestión del liberalismo como nueva racionalidad gubernamental a los tres ámbitos de intervención de la biopolítica entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX –los procesos de natalidad y mortalidad, los fenómenos de vejez y la relación de los hombres, en cuanto seres vivos, y su medio, a través de la ciudad-.

Me parece que el punto de inflexión en estos desplazamientos aparece cuando Foucault analiza la circulación de los granos. El estudio de la circulación, un flujo, lo lleva a replantear la correlación entre la biopolítica y las disciplinas, y le permite ligar la cuestión de la población a la economía política liberal. En ese movimiento, los señalamientos de Virilio acerca de que el problema de la

¹³ Foucault, M., Seguridad, territorio, población, ed. cit., p.71

“policía” no era un problema de encierro, sino de red de comunicaciones y de circulación, quizá le sirvieron como aliento teórico.

Biopoder y gubernamentalidad

“Gubernamentalidad” señala la entrada de la cuestión del Estado al campo del análisis de los micropoderes. El manejo de los procesos biosociológicos de las masas humanas implica el aparato estatal —a diferencia de las disciplinas que son puestas en práctica en el marco de instituciones limitadas, como la escuela, el hospital, el cuartel o el taller. Los órganos de coordinación y centralización del biopoder son extremadamente complejos y se encuentran en la escala del Estado. Para Foucault, la biopolítica es una biorregulación gestionada por el Estado. Ahora bien, el Estado no es una abstracción atemporal o un polo de trascendencia. Es una realidad compuesta: “el efecto móvil de un régimen de gubernamentalidad múltiple”.¹⁴ Por ello, el análisis de la gubernamentalidad se inscribe en el espacio abierto por el problema del biopoder.

Desde esta nueva escala, el modo de relación propio del poder se busca del lado de ese modo de acción singular —ni guerrero ni jurídico— que es el gobierno. Ya no se busca por el lado de la violencia y la lucha, y tampoco por el lado del contrato y el lazo voluntario. Ni Clausewitz ni Hobbes.

El poder del Estado es una forma de poder individualizadora y totalizadora a la vez. El rodeo por la gubernamentalidad permitió a Foucault enfocar las operaciones del poder. En *El sujeto y el poder*, texto que muchos consideran como su testamento filosófico, explica ese nuevo enfoque:

El poder es un conjunto de acciones sobre acciones posibles; opera sobre el campo de posibilidad o se inscribe en el comportamiento de los sujetos

¹⁴ Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, Argentina, FCE, 2007, p. 120

actuales: incita, seduce, facilita o dificulta; amplía o limita, vuelve más o menos probable; de manera extrema, constriñe o prohíbe de modo absoluto; siempre es una manera de actuar sobre un sujeto actuante o sobre sujetos actuantes, en tanto que actúan o son susceptibles de actuar.¹⁵

Si gobernar es estructurar el posible campo de acción de los otros, un conjunto de acciones sobre otras acciones, entonces el ejercicio del poder consiste en “conducir conductas” y en disponer las probabilidades. “En el fondo”, escribe Foucault desde su nueva escala, “el poder es menos una confrontación entre dos adversarios o la vinculación de uno con otro, que una cuestión de gobierno”.¹⁶

En esa escala, el Estado funciona como la envoltura general, la instancia de control global, el principio de regulación y, en cierta medida, la distribución de todas las relaciones de poder en un conjunto social dado. Esto es crucial y ha suscitado toda una serie de malentendidos. El Estado en las sociedades contemporáneas no es sólo uno de los espacios de ejercicio de poder, sino que en cierta manera todos los demás espacios de relaciones de poder se refieren a él. Esto no quiere decir que cada uno de esos espacios se derive de la forma-Estado. No hay algo así como un estado omniabarcador; sino que se ha producido una estatización continua de las relaciones de poder. Es decir, las relaciones de poder se gubernamentalizaron progresivamente y, en un momento determinado, se centralizaron bajo la forma de instituciones estatales. Gilles Deleuze ha explicado así esta mutación:

Si la forma Estado ha capturado tantas relaciones de poder, no es porque esas relaciones deriven de ella, sino porque una operación de “estatismo continuo” se ha producido en el orden pedagógico, judicial, económico, familiar, sexual, que tiene por objetivo una integración global. El Estado supone las relaciones de poder. La gubernamentalidad es anterior con

¹⁵ Foucault, M., “El sujeto y el poder”, en Dreyfus, H. y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México, UNAM, 1988, p. 238 y 239

¹⁶ Foucault, M., “El sujeto y el poder”, ed. cit., p. 239

relación al Estado, entendiendo “gobierno” como el poder de afectar bajo todos sus aspectos.¹⁷

La sociedad de control

Deleuze escribió que, con relación al superhombre, a Foucault le pasaba lo mismo que a Nietzsche: sólo podía indicar esbozos, en sentido embriológico, todavía no funcionales. ¿No sucede algo parecido cuando se habla de sociedad de control?

Burroughs pensó dos ciudades en polos opuestos: Anexia, la ciudad de la disciplina extrema, y Liberlandt, la ciudad del bienestar social extendido hasta el límite donde el Estado tiene como única función adaptarse a las necesidades de los individuos. Sin embargo, no hay oposición real. Las dos son ciudades sitiadas por el virus del control.

Los críticos de Foucault le reprochaban que no tuviese, para decirlo con palabras de Rorty, pero que podrían ser de Habermas o de Taylor, “una apreciación positiva del estado liberal”.¹⁸ Y deploraban la parcialidad de Foucault cuando, según ellos, eliminaba de sus análisis los aspectos a través de los cuales la erotización y la interiorización de la naturaleza subjetiva representaban también una ganancia de libertad y de expresión (la ironía desmarcante en la respuesta de Foucault: “*Mets-toi nu... mais sois mince, beau, bronzé!*”).

Pero Foucault no fue jamás un pensador del encierro o un pensador que creyese que las sociedades contemporáneas habrían generalizado las instituciones disciplinarias como un enjambre para cubrir todo el espacio. Para él, la sociedad de normalización (control) es aquella donde se cruzan la norma

¹⁷ Deleuze, G., *Foucault*, México, Paidós, 1987, p. 120

¹⁸ Rorty, R., “Identidad, moral y autonomía privada”, en *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa, p. 325

de la disciplina y la norma de la regulación (biopoder) según una articulación ortogonal.

El desarrollo del biopoder trajo aparejada una creciente importancia de la norma a expensas del sistema jurídico de la ley. Esto fue así, porque un poder que tiene como tarea tomar la vida a su cargo requiere mecanismos continuos, reguladores y correctivos con el fin de distribuir lo viviente en un espacio dominado de valor y de utilidad. ¿Significa lo anterior que la ley y las instituciones de justicia tienden a desaparecer? Quizá lo que sucede es que la ley funciona ahora como una norma, y que las instituciones judiciales se integran cada vez más en un *continuum* de aparatos cuyos fines son sobre todo reguladores.¹⁹ De ahí que Foucault sostenga que el efecto histórico del biopoder fue una sociedad normalizadora (control).

Con todo, hay varios rasgos que anuncian la mutación a la sociedad de control. Uno de ellos es que las sociedades contemporáneas están dejando de ser sociedades jurídicas. Ya en el siglo XIX, en las sociedades que se presentaban como sociedades de derecho, con parlamentos, legislaciones y códigos, un mecanismo de poder distinto se infiltraba entre esas arquitecturas jurídicas; un mecanismo que no tenía como principio fundamental la ley sino la norma, y como instrumentos a la medicina, los controles sociales, la psicología y ya no los tribunales, la ley y el aparato judicial. “Creemos que estamos aún en un mundo de la ley, pero de hecho se trata de un tipo diferente de poder que está en vías de constitución, por medio de enlaces que no son ya jurídicos ... (incluso) el crimen no es la trasgresión de la ley, sino más bien la desviación con respecto a la norma”.²⁰

Un “poder que está en vías de constitución”. En mi conocimiento, Foucault no utilizó el concepto “sociedad de control”. Pero Deleuze creó una línea que

¹⁹ Foucault, M., *La voluntad de saber*, México, siglo xxi editores, 1977, p.109 y ss.

²⁰ Foucault, M., “Les mailles du pouvoir”, en *Dits et écrits II*, Paris, Gallimard, p. 1001

partía de Burroughs y eclosionaba en Foucault. Una línea que por medio de rizamientos continuos buscaba dar cuenta de las mutaciones de nuestras sociedades. A pesar de la persistencia de muchos de sus mecanismos, las sociedades disciplinarias no son eternas. Hay muchos restos de la sociedad disciplinaria y por años y años. Las escuelas, los hospitales, las fábricas siguen ahí, pero han sido absorbidos en una nueva escala de poder. Otro rasgo de la mutación es la configuración de medios abiertos de control. En una autopista, por ejemplo, no se encierra a la gente, pero haciendo autopistas se multiplican los medios de control. La gente puede girar infinitamente sin estar encerrada, aunque sí estando perfectamente controlada. Quizá la mutación alcanza su cresta más alta en las modalidades instrumentales del poder: “ya sea que se ejerza el poder por la amenaza de las armas, por los efectos de la palabra, a través de las disparidades económicas, por mecanismos más o menos complejos de control, por sistemas de vigilancia, según reglas explícitas o no, permanentes o modificables”.²¹ Las ciudades de control aparecen como una espiral donde Anexia y Liberlandt se implican permanentemente, engranadas la una en la otra.

La resistencia como contraprueba del control

¿Cómo entender todo el conjunto de los diagramas de poder? ¿Existe entre ellos una conexión absoluta, sin bordes, infranqueable? ¿O, al lado de los puntos de conexión, hay puntos relativamente libres o liberados, puntos de mutación y de resistencia?

En ocasiones, cuando Foucault habla del poder, existe la impresión de que desarrolla una ontología interna y circular. Pero esa impresión parte de una mala lectura; una lectura que pasa por alto que al lado del poder siempre está la resistencia. El poder no existe como una entidad universal, sólo existe el

²¹ Foucault, M., “El sujeto y el poder”, ed.cit., p. 241

poder que ejercen unos sobre otros. De ahí que sea a través de esas resistencias como se puede entender la mudanza de los diagramas y su reencadenamiento por encima de las discontinuidades.

Las resistencias son “más reales y eficaces en tanto se forman ahí mismo donde se ejercen las relaciones de poder; la resistencia al poder no tiene que venir de otro lugar para ser real, no está entrampada por ser compatriota del poder... La resistencia es, así, como el poder: múltiple e integrable a las estrategias globales”.²² Sabemos que donde hay poder hay resistencia, y la resistencia no es exterior respecto del poder.

Pero es sólo en función de una multiplicidad de puntos o líneas de resistencia que se pueden entender todas las dimensiones de los dispositivos de poder y todos los matices de los diagramas de poder. Las resistencias no son la mera contrapartida de los poderes, sino que constituyen el otro término de las relaciones de poder y, además, están distribuidas de manera irregular. “En veces hay grandes rupturas, pero más frecuentemente puntos móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades, abriendo surcos en el interior de los propios individuos, trazando en ellos regiones irreducibles”.²³

La idea de “contraconducta”, por ejemplo, asociada a la resistencia al poder pastoral, representa en el pensamiento de Foucault una fase esencial entre el análisis de las tecnologías de sujeción y el análisis de las prácticas de subjetivación, elaborado a partir de 1980. Pero es también la contraprueba de que el poder, o mejor, los poderes, no son omnipotentes.

²² Foucault, M., “Pouvoir et stratégies”, en *Dits et écrits II*, Paris Gallimard, p. 418

²³ Foucault, M., *La voluntad de saber*, ed, cit., p. 237

Según Deleuze, hay dos formas principales, en nuestras sociedades, de sujeción: una que consiste en individuarnos según las exigencias de los poderes; otra que consiste en vincular cada individuo a una identidad sabida y conocida, determinada de una vez por todas.

Cuando el poder toma la vida por objeto u objetivo, la resistencia al control debe invocar la vida y volverla contra el poder. La lucha por las subjetividades se da en la línea de avanzada. Allí, en ese espacio donde las escalas se confunden, hay una línea de fuga que parece trazada por Foucault.

**William S. Burroughs: *Feedback* desde Ciudad Control al
Jardín del Edén**

Torres abran fuego

La escritura de Burroughs es la contraprueba del control: dismantelar, dismantar, doblar, mezclar, cortar: “Corten las líneas de palabras-Aplasten las imágenes de control-Aplasten la máquina de control-Salgan del tiempo al espacio-Quemen los libros de la Junta-Mezclen las grabaciones-Maten a los sacerdotes”. Las secuencias entrecortadas, interpuestas, dislocadas por intrusiones sin costuras; las unidades cortadas y luego reorganizadas con métodos precisos de (des)montaje que estrangulan las formas narrativas tradicionales y hacen estallar la autoridad del canon literario. Métodos de intensificación por dismantelamiento. Si el método surrealista buscaba crear un vínculo nuevo para las asociaciones, los métodos de Burroughs quiebran todo vínculo, toda asociación, toda línea de asociación. EL *cut-up* y el *fold in*, el corte, el plegado, el doblar, no son métodos encantados en su funcionamiento interno, sino procedimientos de dismantelamiento siguiendo dimensiones crecientes. Burroughs plegaba en dos verticalmente una hoja con poemas de Saint-John Perse y la pegaba sobre otra con poemas de Rimbaud y, por dismantaje o hibridación, obtenía cifras complejas de composición. Si el control es coextensivo al cuerpo social no era posible dejar intactas sus estructuras narrativas básicas. *Cutting up* impone la estructura del espacio audible en lo visible. *Fold-in* se extiende hasta el *flashback* permitiendo moverse hacia adelante o hacia atrás en una pista temporal. “Cambien corten enreden las líneas de palabras”. El escritor como aparato de grabación: ningún relato, ni argumento, ni continuidad que imponer.

Si el control es un biopoder de todo el campo, los métodos de escritura deben estar empotrados en mecanismos de dismantelamiento multidimensionales: al mezclar el orden de las grabaciones y el orden de las imágenes es posible crear una fisura en la máquina de control para introducir por ahí una pauta de orden

alterado. O se ponen en juego líneas de antivirus, en una dimensión de metamorfosis, para hacer frente a la uniformidad global de entorno que se nos busca imponer. Desde *El almuerzo desnudo* (Naked lunch, 1959) hasta su regreso definitivo a Estados Unidos en 1974, Burroughs ensayará sus métodos de descentramiento y combinación. Métodos que son aún, como vio Deleuze, probabilísticos, al menos de probabilidades lingüísticas. ¿A dónde hubiese llevado Burroughs el procedimiento que soñó Deleuze de una tirada única cada vez que se combinan los heterogéneos?

Según Burroughs, el control proyecta un universo pregrabado, predecible y muerto.¹ La “realidad” es un diseño más o menos constante; impuesto por los poderes que dominan este planeta, poderes orientados hacia el dominio absoluto. ¿De dónde proviene la adicción al control? ¿Cómo funciona el álgebra de la adicción?

Etiología del virus del control

En el comienzo fue el verbo, y el verbo era un virus. Todo virus debe parasitar células vivas para replicarse; un virus sólo presenta cualidades de ser vivo si tiene un huésped, si usa la vida de otro. El ciclo de la infección atraviesa varios umbrales: penetrar, replicarse, escapar, invadir. Una vez dentro, invade, daña y ocupa cierta región u órgano del cuerpo, el tejido predilecto -la hepatitis ataca el hígado, la gripe el tracto respiratorio-. Si un virus no produce síntomas de daño, como los virus en estado latente, es posible que no se repare en su existencia. La palabra puede ser un virus de este tipo, un virus que ha conseguido un estatus permanente con su huésped desde los tiempos del Jardín del Edén.

¹ Burroughs, W.S., *Tierras del Occidente*, Barcelona, El Aleph editores, 2003, p. 95

Burroughs explicaba que el verbo “to be” y el artículo determinado “the” contienen, como los virus, un mensaje precifrado de daño; el imperativo categórico de una condición permanente. El artículo determinado “the” contiene la implicación de uno y único, de no otro. El verbo “to be” asigna una identidad permanente. El pensamiento reactivo puede ser reducido a ese verbo y a ese artículo. La palabra es la Otra Mitad, un virus que impide detener, incluso, el habla sub-vocal: “Intente alcanzar siquiera diez segundos de silencio interior. Se encontrará con un virus resistente que lo obliga a hablar. Ese virus es la palabra. Lo que llamamos historia es la historia de la palabra. El hombre moderno ha perdido la opción al silencio”.² Las palabras infectan y están infectadas.

El virus del control deja fuera de acción los centros reguladores del sistema nervioso y crea adicción. La droga, como la palabra, produce una fórmula básica de virus y genera el álgebra de la necesidad. Los adictos al control tienen que cubrir su necesidad desnuda, tal como lo hace un drogado. Burroughs explica cómo opera el virus del control: una vez que encuentra un punto de tracción, el virus comienza a comer y a hacer copias de sí mismo que comen y hacen más copias que empiezan a comer para hacer más copias y así sucesivamente “hasta que el virus reemplaza al huésped con copias del virus- La programación consiste en vaciar el cuerpo-Una infinita tenia de palabras e imágenes registradas que se agitan en nuestras pantallas mentales...”³ El orden viral atrapa a sus adictos en dispositivos de repetición en el universo pregrabado, por lo que esos dispositivos fijan la naturaleza de las asociaciones. “Dios es tu televisor-Apaga la máquina de una vez-Borra el mundo”.

² Burroughs, W.S., *The ticket that exploded*, N.Y., Grove Press, 1994, p. 74

³ Burroughs, *Nova Express*, N.Y., Grove Press/Atlantic, 1964, p. 83

El virus del control se manifiesta a sí mismo de varias maneras. En los sistemas de gobierno, en los hábitos de consumo, en los medios de comunicación, en los circuitos de tráfico de droga, etc.

De ahí surge la impresión de que “control” es un término demasiado laxo que más que dar cuenta de una mutación en la lógica de formación de los poderes presenta una especie de adaptabilidad semántica y oculta una deficiencia en su arquitectura conceptual. Si se colocara “disciplina” en lugar de “control”, ¿habría alguna diferencia? Para Burroughs el control está asociado a una fase histórica del capitalismo, el “capitalismo corporativo conglomerado”, y por tanto su configuración está situada en un entramado de relaciones.⁴ Es un nuevo pliegue en la edad de la radiación.

Todo poder es un compuesto de relaciones de fuerzas. ¿Qué fuerzas componen el control? Las fuerzas del biocontrol, las fuerzas de diseño de la subjetividad, las fuerzas económicas corporativas, las fuerzas gubernamentales. Un cuadrivio en el que se desplazan las obras de Burroughs.

El biocontrol [La treta Maya]

El mundo bipolar tuvo diversos estratos de enfrentamiento. Uno de ellos, el de la batalla por las mentes, podría seguirse desde los usos de la propaganda hasta el desarrollo de tecnologías de manipulación mental, interrogatorios, lavados de cerebro, modificación y domesticación conductuales por medio del uso de drogas o implante de electrodos. Una batalla que generó toda una subcultura y que tan bien folclorizó la paranoia bipolar con sus pantallas de distracción. En las obras de Burroughs hay personajes, artefactos y rutinas configurando confrontaciones locales y cósmicas por el control mental de las poblaciones. La banda de Nova, por ejemplo, utiliza técnicas bioquímicas

⁴ Burroughs, W.S., *Tierras del Occidente*, ed.cit., p. 48

venusianas para crear “puntos de coordenadas” donde el controlador intersecta a un agente humano. El dr. Benway, arquetipo del investigador-manipulador, tiene un Centro de Reacondicionamiento donde convierte a los individuos en estados –de compulsión, de ansiedad- y, además, consigue que un hombre sienta que cualquier tratamiento impuesto le está merecido. Al describir la invasión exterior del cuerpo humano, Burroughs explicaba los experimentos de estimulación eléctrica del cerebro para provocar una emoción: “se aprieta un botón y una persona se asusta; se aprieta otro y una persona se excita sexualmente. Han logrado detener un toro, un toro en plena carga. Pueden hacer que las personas cojan cosas contra su voluntad, y pueden controlar el llamado sistema muscular voluntario...”.⁵ Están también las referencias a los experimentos telepáticos soviéticos con el yagé -la droga de altos poderes visuales usada por grupos indígenas de Ecuador y Perú- por medio de los cuales buscaban inducir estados de obediencia automática y absoluto control del pensamiento superando los lavados de cerebro o la creación de reflejos condicionados: de lo que se trataría sería de introducirse directamente en el psiquismo de las personas y dar órdenes. “El asesino de Robert Kennedy”, preguntaba Burroughs con estudiado sarcasmo, “¿actuó en un estado de condicionamiento hipnótico?”⁶

En *El almuerzo desnudo*, Burroughs observa que “el desarrollo lógico de la investigación encefalográfica es el biocontrol, es decir, control de movimiento físico, procesos mentales, reacciones emocionales ... con señales bioeléctricas inyectadas en el sistema nervioso del individuo”.⁷ En ese sentido, el biocontrol es el prototipo del control telepático unilateral.

⁵ Burroughs, W.S. y Mottram, E., *Snack...*, Valencia, Pre-textos, 1978, p. 51

⁶ Burroughs, W.S., *The limits of control*, en <http://eng7007.pbwiki.com/BurroughsControl>

⁷ Burroughs, W.S., *Naked lunch* (the restored text), N.Y., Grove Press, 2004, p. 36

¿Es posible tal control unilateral? ¿Sería posible reducir la conducta humana a una trayectoria predecible a partir de una serie de combinaciones verbales, de pensamientos, de imágenes potenciadas por artefactos y tecnologías de modulación subjetiva? Cuando vivió en la ciudad de México, entre 1949 y 1952, Burroughs estudió la historia de la cultura maya. Con ese material elaboró un esquema que, con algunas variaciones, atraviesa *El almuerzo desnudo* y las novelas de la primera trilogía -*La máquina blanda* (*The soft machine*, 1961), *El billete que explotó* (*The ticket that exploded*, 1962) y *Expreso Nova* (*Nova Express*, 1964)-: la treta maya, el relato del control absoluto.

El sistema de control maya “dependía del calendario y los códigos cuyos símbolos representaban todos los estados mentales y emotivos posibles en animales humanos que vivan en determinadas circunstancias...”⁸ Con estos elementos, los sacerdotes lograban controlar las “unidades de pensamiento” de todos los trabajadores durante todo el tiempo. Era un control exhaustivo, sin fisuras. Tal vez, usaban emisores telepáticos unidireccionales para dar instrucciones a los trabajadores, pero las generaciones recientes de sacerdotes no sabían cómo funcionaba el sistema exactamente.

Como varios arqueólogos y antropólogos del primer tercio del siglo XX, Burroughs creía que las antiguas sociedades mayas eran sociedades aisladas, sin intercambios significativos con otros pueblos, con estructuras piramidales y usos territoriales ensimismados. De ahí que el control pudiera ejercerse globalmente, en todos los estratos y todo el tiempo. Era un control universal en escala de ínsula. Pero fuera de esas condiciones de aislamiento profundo, ¿resulta operativa la treta maya? ¿Es posible alcanzar el control total? ¿Se pueden generalizar en una población entera y en medios abiertos los métodos hipnóticos de tipo disciplinario? El propio esquema de Burroughs respondía

⁸ Burroughs, W.S., *The soft machine*, N.Y., Grove Press, 1994, p. 118

negativamente a estas cuestiones: un solo hombre, usando ciertas drogas que protegen del control, puede robar la banda sonora y la visual de la máquina de control, introducir estática en su programación al mezclar el orden de las bandas, y desmantelarla. “Así como había controlado mente emoción e impresiones sensoriales de los trabajadores inexorablemente la máquina dio ahora la orden de desmantelarse y matar a los sacerdotes...”⁹ “Corten las líneas de palabras”-“Corten las líneas de música”-“Aplasten las imágenes de control”-“Quemen los libros”-“¡Maten! ¡Maten! ¡Maten!”

El esquema de la treta maya es retomado por Burroughs en numerosos pasajes de sus novelas. En ocasiones, lo refuncionaliza a partir de nuevos elementos: las máquinas computadoras -a Burroughs le gustaba imaginar un linaje que iba de la máquina sumadora inventada por su abuelo a las computadoras IBM- en vez de los calendarios; las grabadoras de carrete como sección exteriorizada del sistema nervioso humano y medio de autocontrol de la banda sonora individual: los sonidos del cuerpo y del habla subvocal. Devenires-máquina que quiebran las órdenes virales que nos han atrapado en dispositivos de repetición o que facilitan el control informático del pensamiento. Estrategias-máquina contra la asociación controlada que rasgan el velo gris de las palabras y de las imágenes pregrabadas de una máquina de control. “Sácalo de la cabeza y mételo en los aparatos-Para de hablar para de discutir-Que hablen y discutan las máquinas”.

Según Burroughs, las máquinas pueden dirigirse en el sentido del control o de la resistencia. No tienen, por sí mismas, una esencia demoniaca. Aún más: si el hombre occidental se exterioriza a sí mismo a través de las máquinas, entonces el estudio de las máquinas “inteligentes” podría enseñar más que todos los métodos introspectivos que no pueden quebrar la uniformidad de

⁹ *Ibid.*, p. 147

entorno que nos imponen los poderes; esa gris y pesada pauta de visualización preestablecida desde la cual lo que vemos está condicionado por lo que esperamos ver. Un ojo artificial, en cambio, puede ser orientado fuera de tales pautas. Desde un ojo artificial tal vez podría ser posible penetrar la uniformidad de entorno y agujerearla.

El diseño de la subjetividad [Track]

La oficina central de Trak es una pirámide de obsidiana negra, situada en la Reserva Trak, en el *hinterland* de las Repúblicas Unidas de Liberlandt. Trak es la organización de organizaciones, el punto culminante del capitalismo corporativo conglomerado. Trak ha creado el producto perfecto, el servicio de todos los servicios. El producto perfecto logra una “afinidad molecular” con su cliente, no se gasta ni caduca. Trak no elimina a sus competidores a través de la venta de productos que se gastan o se vuelven obsoletos y deben ser reemplazados. Los productos Trak nunca abandonan al cliente: “Nosotros vendemos el servicio y todos los productos Trak tienen una necesidad precisa de servicio...”¹⁰ El servicio de cualquier competidor arruinaría el producto Trak, lo volvería “incomestible”, sería como un antibiótico. Esto es así porque el producto Trak no es una droga adictiva más, sino la droga adictiva que se apodera de todas las funciones del consumidor/adicto, incluidas las totalmente innecesarias. El consumidor/adicto queda reducido a la condición de una larva y, entonces, puede decirse que debe su vida misma al servicio Trak.

Para Burroughs el hombre occidental se exterioriza a sí mismo a través de máquinas: una grabadora externaliza la función vocal, una computadora externaliza la función de almacenar y procesar datos. Por esto, en los

¹⁰ *Ibid.*, p. 45

experimentos de modulación de las subjetividades se utilizan métodos disciplinarios y otros de control abierto potenciados por máquinas, artefactos y aparatos irradiadores. El dr. Benway usa métodos disciplinarios como la “centralita”, pero en general aborrece la brutalidad: “el sujeto no debe darse cuenta de que los malos tratos son un ataque deliberado contra su identidad...”¹¹ En Anexia, en donde estaba a cargo de la oficina de Desmoralización Total, suprimió los campos de concentración, las detenciones y la tortura -la tortura localiza al oponente y moviliza la resistencia-. En cambio, todos los ciudadanos:

fueron obligados a solicitar y portar siempre una carpeta entera de documentos. Los ciudadanos podían ser interpelados por las calles en cualquier momento; y el Examinador ... después de comprobar todos los papeles, los sellaba. En la siguiente inspección el ciudadano tenía que mostrar los sellos correspondientes a la última inspección... constantemente se necesitaban nuevos documentos.¹²

Los espacios públicos fueron barridos; se hicieron desaparecer las fuentes y las bancas en las plazas. En las azoteas de los edificios de apartamentos se instalaron unas sirenas que aullaban cada 15 minutos. Nadie miraba a nadie por miedo a las leyes que castigaban todo intento de molestar a otro. Grandes reflectores enfocaban la ciudad durante toda la noche.

Anexia conjunta la pesadilla kafkiana de la contigüidad de las oficinas y la segmentaridad del poder con una espantosa jerarquía vacía, un poder piramidado en cuya cúspide no puede distinguirse sino una continuidad de máscaras adictas, sin consistencia ni trascendencia.

Los poderes de modulación de las subjetividades requieren de instituciones disciplinarias para configurarse y, sin embargo, sólo alcanzan su operatividad en medios abiertos; medios de adicción al producto perfecto Trak. Por ello, la

¹¹ Burroughs, W.S., *Naked lunch*, ed. cit., p. 74

¹² *Ibid.*, p. 77

máxima política de Benway reza así: “un estado-policía que funcione no necesita policía”.

Hay otros gestores del mundo adicto: Islam Inc., La Junta, la Banda de Nova, etc. En el mundo adicto los agentes de los poderes han potenciado la ecuación del consumo capitalista y entrenan a los consumidores/adictos para necesitar lo que reciben. Así, “vida cotidiana” significa adicción a todo aquello a cuyo consumo han sido entrenados. Respecto del consumo a Burroughs le gustaba, en sus curas de abstinencia, citar a Wittgenstein: “Si una proposición no es necesaria, no tiene sentido y se aproxima al significado cero.” ¿Qué hay más innecesario que el producto Trak si tú no lo necesitas?

Islam Inc. o La Junta son organismos que representan al dinero internacional y ejercen la explotación financiera total. La Junta busca apoderarse del *spatium* y monopolizarlo. Islam, Inc. es una cerrada malla de organizaciones cuyo control apunta simplemente a obtener más control. Como se verá, en esa pretendida simpleza se encuentra el *quid* y la mejor definición operativa del control.

La Junta posee unos Libros del Directorio, escritos en símbolos herméticos, que además de servir como registros de todo aquel que pueda ser útil para su programa o de cualquiera que pueda ponerlo en peligro, permiten que los agentes de La Junta aprendan a pensar basándose en los bloques de asociación que se condensan en los símbolos.

La Banda de Nova, una organización venusiana que se manifiesta a través de todas las organizaciones, iglesias y gobiernos monopólicos, funciona bajo un mecanismo de control elemental: producir tantos conflictos insolubles como sea posible y agravar constantemente los que ya existen. La Banda de Nova:

“Garras de Acero”, “Jacky Nota Azul”, “Paddy Jeringa”, “El Chico Subliminal”, “Mary Hamburguesa”, etc., etc.

Su éxito dependía de un bloqueo que, como en el caso maya sólo que en escala galáctica, mantenía aislada a la Tierra. Si hay algo que se transfiere de un huésped humano a otro y establece la identidad del controlador Nova es el hábito: vicios, preferencias alimenticias, gestos, una determinada sonrisa, una mirada especial, es decir, el estilo del controlador. Un controlador que ocupase a los adictos a la droga tendría que establecer su línea de puntos de coordenada, y luego mantenerla, desde la propia droga. Cuando el bloqueo de la Tierra fue interrumpido por los guerrilleros que operaban desde una base en Saturno, esas coordenadas quedaron expuestas; fue posible entonces rastrear las líneas y dar con el controlador Nova.¹³

La máquina de control

En la vasta máquina de control se entretajan líneas burocráticas, líneas gubernamentales o corporativas totalitarias, líneas fascistas que ocupan todo el campo social. La burocracia y la democracia están en razón inversa, en el sentido de que la democracia es cancerígena y la burocracia es su cáncer: “Una oficina arraiga en un punto cualquiera del Estado, se vuelve maligna, y crece, y crece y crece reproduciéndose sin descanso hasta que, si es extirpada, asfixia a su huésped, ya que son organismos puramente parásitos”.¹⁴

Kafka mostró que el método de la burocracia era el de la proliferación segmentaria que conjuga finito-contiguo-continuo-ilimitado. El poder burocrático no es piramidal, como asegura la ley, sino segmentario y lineal. Un *continuum* hecho de contigüidades en un plano ilimitado. La máquina burocrática no se puede desmontar sin que cada una de sus piezas contiguas se reconstituya a su vez en máquina, ocupando cada vez más lugar. El virus

¹³ Burroughs, W.S., *Nova Express*, ed. cit., p.91

¹⁴ Burroughs, W.S., *Naked lunch*, ed. cit., p.53

burroughsiano de la burocracia, en cambio, es esencialmente estúpido: al asfixiar a su huésped se asfixia a sí mismo; no es un virus tan adaptable como el de la gripe. Parece un virus rígidamente programado para cierto tipo de ataques en tejidos muy localizados. Un virus suicida, como el fascismo, que sustituye la mutación por la destrucción.

En las obras de Burroughs las pirámides, y los libros de cuentas que tanto ocuparon a Kafka, aparecen ligadas a las líneas corporativas totalitarias. Un organismo deviene totalitario cuando se identifica con una totalidad de todo el campo, generando condiciones virales e incubando un espacio de aislamiento por medio de operaciones económicas y políticas, en vez de efectuar esa totalidad dentro de sus propios límites. Los organismos totalitarios buscan hacerse con el control de la vida e irradian en múltiples direcciones. En ese sentido, estos organismos operan como centros de poder. Los centros de poder, como lo vieron Deleuze y Guattari, no actúan como un punto en el que se confundirían los otros puntos de poder, sino “como un punto de resonancia en el horizonte detrás de todos los otros puntos”.¹⁵

Así, el Estado no es un punto que contenga o asimile a los otros, sino una caja de resonancia para todos los puntos de poder. La centralización siempre es jerárquica, pero la jerarquía siempre es segmentaria, se ejerce sobre una urdimbre micrológica, en el que se difumina, se dispersa, se miniaturiza, se desplaza constantemente, operando en el detalle y en el detalle de detalles.¹⁶

Las jerarquías de las organizaciones que pueblan el mundo adicto al poder siempre están trenzadas a los segmentos, en las ciudades o en las selvas, conectando. Bien puede existir una Estación Central de Control como el

¹⁵ Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil plateaux (capitalisme et schizophrénie)*, Les Éditions de Minuit, 1980, p. 221

¹⁶ *Ibid.*, p. 228

Cerebro-Insecto del planeta Minraud; lo decisivo, con todo, son las conexiones de ese cerebro encerrado en un cilindro de cristal con los Enanos de la Muerte en la Calle. Sólo en el nivel de la calle el control se actualiza y muestra así el continuo desplazamiento de la Estación Central.

La resonancia en condiciones de aislamiento deviene totalitarismo, y Burroughs es un gran morfólogo del totalitarismo macrocorporativo, del despotismo disciplinario y del fascismo micrológico.

Las líneas cortadas, disciplinarias, volcadas sobre los cuerpos, de un manicomio federal: “preciso, prosaico impacto de objetos...lavabo...puerta...retrete...barrotes...ahí están...esto es...todas las líneas cortadas...nada más allá. No hay salida...y el no hay salida en cada rostro...”¹⁷ Sólo Francis Bacon ha aislado un lavabo, una cama con sábanas de reemplazo o la dura, fija luz eléctrica con la fuerza de Burroughs. Quizá porque ambos buscaban instaurar una realidad, no representarla. Y por ello, en ocasiones, debían traspasar los límites de la verosimilitud. ¿Cómo se mide la verosimilitud de una obra que parte de la constatación de la existencia de un diseño de la “realidad” que se nos impone como uniformidad de entorno?

La disciplina sería el eje de esa medición. La disciplina que corta cuerpos, que encierra, ordena y serializa; la disciplina crea una realidad y luego la mide. La disciplina proporciona modos de conducta. Pero las disciplinas actuaban en el periodo de los sistemas cerrados, y en las obras de Burroughs es posible advertir las nuevas fuerzas que se iban abriendo paso lentamente, y que se precipitaron después de la segunda guerra mundial.

El control no es productivo en el sentido en que lo son las disciplinas. Moldear (disciplina) no es lo mismo que modular (control). Como se

¹⁷ Burroughs, W.S., *Naked lunch*, ed. cit., p.60

desprende de la Treta maya, el control “no puede ser nunca un medio ni llegar a un fin práctico. No puede ser nunca sino un medio de llegar a un control superior.”¹⁸ Los poderes de control apuntan a lograr más control. Sucede lo mismo que con el virus de la palabra o de la droga: emitir palabras no puede ser nunca más que un medio para emitir más palabras. Así ha sido desde que se pronunció la primera palabra en el Jardín del Edén hasta las que pronunciamos a diario en ciudad Control. Esa es una de las argucias del control: nos hace confundir emisión con creación. Los artistas y los filósofos, incluso, “creerán que pueden emitir cosas eficientes, sin darse cuenta de que el mal es precisamente emitir”.¹⁹

Las disciplinas sirven como medios, pero también suponen fines en sí mismas: adiestramiento, incremento de aptitudes, extracción de fuerzas. El control, según Burroughs, no puede ser nunca un medio ni alcanzar un fin práctico. Con esta proposición quizá alude a una de las dimensiones del control que apuntan al pasado, a una de las líneas del poder de soberanía, por ejemplo. O tal vez Burroughs entreveía ciertos rasgos de la sociedad de control donde, como escribe Deleuze, nada termina nunca. Sin duda, apunta también a un horizonte post-humano o neo-humano.

En la trilogía del espacio -*Ciudades de la noche roja* (Cities of the red night, 1981), *El lugar de los caminos muertos* (The place of dead roads, 1984) y *Las tierras de occidente* (The western lands, 1987), Burroughs desarrolla una idea que despuntaba, como brizna narrativa, en *El almuerzo desnudo*: la totalidad del proceso evolutivo ha llegado a un punto muerto. El proceso de mutación ha sido detenido por los poderes que no quieren saber nada de un modelo humano que sea esencialmente distinto. El concepto radicalmente distinto que impulsaría una nueva mutación sería la transición del Tiempo al Espacio, pero esa transición es impensable dadas las condiciones biológicas, de punto cero

¹⁸ *Ibid.*, p. 173

¹⁹ *Ibid.*, p. 217

evolutivo, impuestas por los poderes de control. Esto supone desviar la línea evolutiva de la humanidad; alejarla de sus inmensas posibilidades, de su variedad, de la acción del azar o de alteraciones biológicas programadas con vistas al tránsito al Espacio, e implica llevar a los hombres al parasitismo absoluto de un virus. El cuerpo humano en su forma actual no está proyectado para condiciones de espacio. Es demasiado pesado, le estorba el esqueleto. Las estructuras políticas son también incompatibles con las condiciones de espacio.

Burroughs proseguía su feroz lógica desde una cita de Wittgenstein: “ninguna proposición puede contenerse a sí misma como argumento”, y la desdoblaba en dos fórmulas conclusivas: 1) “no se puede resolver un problema en sus propios términos”. 2) “El problema humano no puede resolverse en términos humanos”.

Burroughs el visionario: la lucha por las subjetividades y la revolución biotecnológica se están jugando en el límite de la línea humana. Ese límite, ¿marca un final? ¿Es el control el límite de nuestras sociedades, el límite extremo de los recursos y de las energías? ¿O se trata de otro desplazamiento de los propios límites del capitalismo? Una cosa es segura: para resistir, nos da lo mismo recibir orientaciones de un comité de bioética que de un grupo de damas del club de leones...

Gilles Deleuze: Lógica y programa de la sociedad de control

Banda sonora

“No hay líneas rectas ni en las cosas ni en el lenguaje”, se alcanza a escuchar en una grabación poblada de ruidos de puertas que se cierran, estornudos, risas y pulsos de las caseteras. Una voz navega en un flujo entrecortado por ondulaciones, cambios de velocidad, entonaciones para encantar la atención de los oyentes, guiños guturales, gorjeos de intensidad variable que han logrado impregnarse en la grabación y que le dan una potencia de silencio capaz de cortar el ruido blanco de la estática. La voz continúa: “la sintaxis es el conjunto de caminos indirectos creados en cada ocasión para poner de manifiesto la vida en las cosas”.¹ Gilles Deleuze da su curso de los martes en París VIII, dedicado a Spinoza, un filósofo que conocía “en su corazón”. En uno de los tramos de ese curso, Deleuze explica, desde Spinoza, que poder y potencia se oponen porque el poder es una institución que funciona esencialmente afectándonos de afectos tristes, es decir, disminuyendo nuestra potencia de actuar. En cambio, las potencias de liberación serían aquellas que nos afectan de afectos alegres.

Deleuze se alejó siempre del pensamiento de lo negativo, aún en su forma crítica. A la interpretación canónica de las obras de Kafka, por ejemplo, centrada en la teología negativa de la trascendencia de la ley, la interioridad de la culpabilidad, la subjetividad de la enunciación, el drama interior y el tribunal íntimo, Deleuze y Guattari le opusieron una experimentación que vacía ese trabajo en negativo para abrir paso a una literatura menor y al poder del deseo: un campo de inmanencia. Gracias a esa lectura renovadora sabemos, con Kafka, que no existe “el” poder como una trascendencia infinita en relación con nosotros. El poder no es piramidal, aunque contenga pirámides, sino

¹ Deleuze, Gilles, *Spinoza: immortalité et éternité*, Paris, Gallimard à voix haute, CD # 1, 2007

segmentario; procede por contigüidad, como en las oficinas burocráticas, y no por altura y lejanía.²

La imagen del poder presentada por la crítica negativa resulta, en última instancia, tranquilizadora. Un poder omnímodo, unidimensional, monopólico, instrumental, totalitario. Pero un poder que, destacándose aún en el fondo de la dialéctica del iluminismo, concluye en el dominio de la objetividad y de la racionalidad más ciegas y, por tanto, puede ser corregido o sobrepasado por medio de una reforma de la racionalidad imperante.

Las grandes imágenes, las grandes oposiciones, funcionan como tabiques móviles para cerrar tal muro u otro. Nada más alejado de las experimentaciones deleuzianas. “Individuos o grupos estamos hechos de líneas...”³

Las líneas, los segmentos, la urdimbre de los poderes

Deleuze era un gran observador por intensidades. No sólo aquellas dedicadas a las obras de los pintores que amó, sino también todas esas pequeñas observaciones que elevan el día, que fortalecen el presente. La forma en que alguien camina, los movimientos con que acompaña su andar, son un indicador de que aún no está totalmente atrapado en la línea de segmentaridad dura. O los pasajes en los que observa los mapas de los niños autistas; sus fronteras de hojas, sus límites de palitos. Con esas observaciones de sobrevuelo se nutren la geografía y la cartografía de Deleuze.

² Deleuze, G., y Guattari, F., *Kafka –pour une littérature mineure–*, París, Les Éditions de Minuit, 1975, p. 73

³ Deleuze, G., y Parnet, C., *Dialogues*, París, Flammarion, 1977, p. 95

“Estamos segmentarizados por todas partes y en todas direcciones”.⁴ Un primer tipo de línea sería de segmentaridad dura, molar. Segmenta binariamente (hombres y mujeres, etc.), circularmente con discos cada vez más anchos (mi casa, mi barrio, mi ciudad, etc.), linealmente (la familia-y luego la escuela-y luego el servicio militar-y luego la fábrica-y luego el retiro). Segmentos determinados en todas direcciones, cortándonos en todos los sentidos. Al mismo tiempo tenemos unas líneas de segmentaridad más flexibles, moleculares; un tejido micrológico en constante mutación que no sólo atraviesan a los individuos, sino también a los grupos y a las sociedades; líneas que trazan pequeñas modificaciones, sin que por ello sean menos precisas, puesto que llegan a dirigir procesos irreversibles. “Un oficio, por ejemplo juez, abogado, contable, criada, es un segmento duro, pero también es muchas más cosas: ¿cuántas conexiones, atracciones y repulsiones se producen en él que no coinciden con los segmentos duros? ¿Cuántas locuras secretas y a pesar de todo en relación con los poderes públicos?”.⁵

Existe una tercera línea, la línea de fuga, una línea simple y, sin embargo, la más complicada de todas, la línea del “umbral absoluto”. Las tres líneas están imbricadas unas en otras, son inmanentes. La micropolítica, el esquizoanálisis, según Deleuze, no tienen otro objeto que el estudio de estas líneas en los grupos y en los individuos. Si Foucault creó una escalometría para dar cuenta de la mutación de los diagramas del poder, Deleuze creó una rizomática para distinguir las imbricaciones entre las líneas de los diagramas.

La línea molecular y la línea molar están en razón inversa, en el sentido de que una (molecular) escapa a la otra (molar), y de que ésta detiene a la primera, le impide seguir escapando; le impide seguir *ad infinitum* con su trayecto de desterritorialización. Pero ambas líneas son estrictamente complementarias y

⁴ Deleuze, G., y Guattari, F., *Mille plateaux –capitalisme et schizophrénie-*, Les Éditions de Minuit, 1980, p. 228

⁵ Deleuze, G. y Parnet, C., *op. cit.*, p. 139

coexistentes; una existe en función de la otra aunque sean diferentes, sin corresponderse término a término. Así, lo molecular y lo molar no son dos escalas que se distinguen como una pequeña y otra grande. “Si lo molecular actúa en el detalle ... no por eso deja de ser coextensivo a todo el campo social, lo mismo que la organización molar”.⁶

Si la escalometría enfoca las escalas, la rizomática cartografía la naturaleza del sistema de referencia considerado. Para Deleuze y Guattari el sistema político contemporáneo es un todo global, unificado y unificante, una Máquina abstracta de sobrecodificación, que implica un sistema de subsistemas yuxtapuestos, imbricados. La rizomática de un centro de poder servirá para mostrar el enmarañamiento de las líneas y sus vectores de funcionalidad.

Boceto de un centro de poder

En ocasiones, a Deleuze le gustaba insertar entre sus escritos pequeñas cartografías, dibujos-cartografías, como los que se hacen en una servilleta a vuelapluma o en una libreta de apuntes, con el fin de zafarse de algo, de trazar un esquema, de darle vueltas a una imagen. Sea un centro de poder con sus segmentos duros, donde cada segmento tiene su centro, sus centros -gracias a Kafka, nosotros sabemos que no hay contradicción entre los segmentos y el aparato centralizado tal como no la hay entre la jerarquía y los segmentos-.

El centro de poder también es molecular, se ejerce sobre una urdimbre micrológica; no hay centro de poder que no tenga una microtextura. Es por esta microtextura que el punto central no actúa como un punto en el que se confundirían los otros puntos, sino como un “punto de resonancia” para los otros puntos. Es la microtextura la que explica que un oprimido pueda tener un papel activo en el sistema de opresión. Aquí sobreviene la función de los centros de poder: traducir los flujos moleculares en segmentos de línea molar.

⁶ Deleuze, G. y Guattari, F., *Mille plateaux*, ed.cit., p. 189

“Así es como encuentran el fundamento de su potencia y, a la vez, el fondo de su impotencia...”⁷

Sí, en un centro de poder potencia e impotencia se completan y se refuerzan una a otra. De ahí su poder desmovilizador.

El centro de poder tiene tres zonas. Zona de potencia, que se relaciona con los segmentos de una línea molar. Zona de indiscernibilidad, en relación con su difusión en una urdimbre microfísica. Zona de impotencia, en relación con los flujos de quanta que sólo puede reconvertir, pero no controlar ni determinar. La zona de potencia se define, por ejemplo, en un aparato de Estado o en un dispositivo de poder, extrae su fuerza de la zona de impotencia y se difumina en la urdimbre microfísica. Pero el sentido inverso también existe: va de la urdimbre microfísica a las líneas de segmentación dura. Es por ello que el Estado funciona como una caja de resonancia para todos los demás puntos, no como un centro que carga con los otros.

Deleuze hace una observación de corte jüngeriano: cuando la máquina de sobrecodificación deviene planetaria sus agenciamientos tienden cada vez más a miniaturizarse, a devenir microagenciamientos. Por ello, la administración de una gran seguridad molar organizada, como la de los países occidentales, tiene como correlato una micro gestión de pequeños miedos, una inseguridad molecular permanente. “La fórmula de los ministerios del Interior podría ser: macropolítica de la sociedad para y por una micropolítica de la inseguridad”.⁸

Las líneas, los segmentos, la urdimbre de los poderes II

Los segmentos implican dispositivos de poder muy diversos. Para Deleuze, una de las aportaciones decisivas de Foucault fue el negarse a ver esos

⁷ *Ibid.*, p. 217

⁸ *Ibid.*, p. 234

dispositivos como simples emanaciones de un Estado preexistente. “Al descubrir esta segmentaridad y esta heterogeneidad de los poderes modernos, Foucault ha podido romper con las abstracciones vacías del Estado y de *la* ley, renovando así todos los presupuestos del análisis político”.⁹ Entonces, en la línea de segmentaridad molar, dura, hay que distinguir los dispositivos de poder que codifican los diversos segmentos; la máquina abstracta que los sobrecodifica y regula, que permite la traducción, la convertibilidad de los segmentos, y el aparato de Estado que efectúa dicha máquina.

Cada especie de línea tiene sus peligros. La línea molar, de segmentos duros, nos corta y nos impone las estrías de un espacio homogéneo. Las líneas moleculares corren el riesgo de reproducir en miniatura las afectaciones de la dura -se sustituye la familia por una comunidad, se sustituye la conyugalidad por un régimen de intercambio y de migración, etc.- y arrastran sus propios microfascismos. En tanto que desde nuestras líneas de fuga siempre corremos el riesgo de abandonar sus potencialidades creadoras para transformarlas en líneas de muerte, en líneas de abolición pura y simple -esa inversión de la línea de fuga en línea de destrucción animó los núcleos moleculares del Fascismo-. Las tres líneas no sólo coexisten o están imbricadas; se transforman, pasan cada una a las otras.

El mapa de las líneas de Deleuze no se propone representar, interpretar ni simbolizar. Señala posiciones, marca distancias, distingue movimientos, dibuja contornos, analiza funciones, procesos, correlaciones y combinaciones. En una primera mirada, parece un mapa asfixiante, sin salidas, donde las líneas van de intercambiador en intercambiador, creando espirales, madejas, círculos concéntricos, líneas y más líneas superpuestas prolongándose unas a otras, estrechando los espacios, pero también paquetes de líneas cortándose,

⁹ Deleuze, Gilles y Parnet, C., *op. cit.*, p. 137

infestando los estratos, ahogando las líneas de fisura, ocluyendo los planos y creando vectores de aislamiento. ¿Quién podría encontrar una línea de resistencia, una línea de encuentro, una línea de potencialidad creativa en ese mapa? ¿No resulta tanto más asfixiante que la fría desolación de la crítica negativa?

Hay que mirar de nuevo el mapa de las líneas. Entonces descubrimos que el ejercicio contemporáneo del poder no se reduce a la alternancia de represión o ideología ni de encierro o medios abiertos, sino que implica procesos de normalización, de modulación, de modelización, de información. En esos procesos se juegan las líneas del mapa: mudan, se transforman, adquieren velocidades de metamorfosis; nunca permanecen en un mismo estado. Ninguna configuración está asegurada, ninguna oclusión, ninguna salida. El modo nómada, desde el que tanto trabajó Deleuze, es ilustrador al respecto: excluidos de la Historia, se metamorfosean para reaparecer de otro modo, bajo formas inesperadas, en las líneas de fuga del campo social. En este punto se inscribe una de las diferencias entre la microfísica y la rizomática: para Foucault, el campo social está atravesado por estrategias; para Deleuze y Guattari, hay una fuga generalizada. Historia o devenires.

El encierro, la circulación y las velocidades

Hay todo un esquema interpretativo que hace del diagrama disciplinario un diagrama del encierro. El hospital, la prisión, la escuela, las fábricas vistos como dispositivos estancos o segmentos sin funciones de exterioridad. Quizá esta interpretación se deba a que, en ocasiones, Foucault privilegiaba la descripción de los elementos molares, duros, de estos dispositivos. Paul Virilio, por ejemplo, mostraba que el problema de la “policía” no era un problema de encierro, sino de redes de comunicaciones, de velocidades y

aceleraciones, de dominio y control de esas velocidades, de circuitos en medios abiertos. En su *Foucault*, Gilles Deleuze habla de una “zona ciega” donde se producen los encuentros entre los pensadores y aclara que el encierro de los locos se hace bajo el modo del exilio y el modelo del leproso y el encierro de los delincuentes bajo el modo del apestado. Esos modos y modelos son funciones de exterioridad que se efectúan, se formalizan y se organizan por medio de los dispositivos de encierro. Así, la prisión como segmentaridad dura, celular, remite a una función flexible y móvil, a una circulación controlada, a una red que atraviesa también medios abiertos.¹⁰

Sin embargo, entre el diagrama disciplinario y el del control, se extraen nuevos mapas -un diagrama es una superposición de mapas-. “Cuando el diagrama del poder abandona el modelo de soberanía para proporcionar un modelo disciplinario, cuando deviene biopoder, biopolítica de las poblaciones, responsabilidad y gestión de la vida, la vida surge como nuevo objeto del poder”.¹¹

El modelo disciplinario concentraba, repartía en el espacio, ordenaba en el tiempo, “componía en el espaciotiempo una fuerza productiva cuyo efecto debía superar la suma de las fuerzas componentes”.¹² En el diagrama de control el encierro, la circulación y las velocidades entablan nuevas relaciones, forman nuevos compuestos de relaciones de fuerzas, otras acciones para producir efectos –controlar una población, gestionar la vida-.

Las velocidades absolutas al “aire libre”, como las ha analizado Virilio, reemplazan a las velocidades segmentarias propias de las disciplinas. Las circulaciones continuas y de rotación rápida reemplazan a la circulación de larga duración y discontinua de las disciplinas. Los controles constituyen una

¹⁰ Deleuze, G., *Foucault*, México, Paidós, 1987, p. 68 y ss.

¹¹ *Ibid.*, p. 121

¹² Deleuze, G., “Post-scriptum sur les sociétés de contrôle”, en *Pourparlers (1972-1990)*, Les Éditions de Minuit, París, 2003, p. 253

modulación, los encierros eran moldes. Las sociedades disciplinarias, decía Deleuze, son nuestro pasado inmediato, lo que estamos dejando de ser.

Lógica y programa de la Sociedad de Control

Deleuze escribió un *post scriptum* sobre las sociedades de control. Un escrito muy bello, con ideas tenaces y palabras potentes. ¿Escrito después de qué? Se podría pensar que, en tanto es el último texto que aparece en *Conversaciones* (Pourparlers, 1990), y dado que este libro recoge las entrevistas que dio Deleuze entre 1972 y 1990, se trata de un texto escrito *después* de las conversaciones. Algo así como una nota escrita para delinear con mayor precisión lo dicho en las entrevistas y en algunas cartas. Pero también podría pensarse en un *después* conectado con lo que vendrá *ahora*, un escrito de declaración de resistencia y de acción, escrito *después* de iniciadas las hostilidades. La sociedad de control no viene; ya estamos en ella.

La lógica de las sociedades de control atraviesa varias mesetas: una caracterización de sus medios operacionales desplegada en contrapunto a los medios disciplinarios; una defragmentación del capitalismo de superproducción; una genealogía de las máquinas como expresión de las formaciones sociales. En lo que sigue, se intentará resumir sus principales vértices:

Los diferentes centros disciplinarios (escuela, hospital, fábrica, etc.) funcionan como variables independientes. Los diferentes dispositivos de control, en cambio, son variantes inseparables que constituyen un sistema de geometría variable cuyo lenguaje es numérico.

Los centros disciplinarios son moldes. Los controles constituyen una modulación; como un moldeado autodeformante que cambia constantemente y a cada instante o como una criba cuya malla varía en cada punto.

En las sociedades disciplinarias siempre había que volver a empezar; terminada la escuela empieza el cuartel, después la fábrica; mientras que en las sociedades de control nunca se termina nada: la empresa o la formación o el servicio son estados metaestables y coexistentes de una misma modulación. El “aplazamiento ilimitado” por medio de un deformador universal en continua variación. O, como lo describió Burroughs, un *continuum* comunicativo-modulador en variación continua.

Las sociedades disciplinarias presentan la marca que identifica al individuo y el número o matrícula que indica su posición en la masa. Para las disciplinas, el poder es simultáneamente masificador e individuante, es decir, forma un cuerpo sobre quienes se ejerce al mismo tiempo que moldea la individualidad de cada uno de ellos.

En las sociedades de control aparece la cifra, ya no la marca ni el número. La cifra es una contraseña. El lenguaje numérico del control se compone de cifras que marcan o prohíben el acceso a la información. El par individuo-masa se ha diluido; los individuos han devenido “dividuales” y las masas se han convertido en indicadores, datos, mercados o bancos de información.

El individuo de la disciplina era un productor discontinuo de energía. El dividual del control es ondulatorio, suspendido sobre una onda continua.¹³

Burroughs llamó “capitalismo corporativo conglomerado” al capitalismo contemporáneo. Deleuze lo llama “capitalismo de superproducción”, por contraposición al del siglo XIX que era un capitalismo de concentración, de la

¹³ Deleuze, G., *Ibid.*, p. 295 y ss.

producción y de la propiedad, cuyo mercado procedía por especialización, colonización o abaratamiento de los costes de producción. En la fase actual, el capitalismo ya no se concentra en la producción. Es de superproducción porque lo que vende son servicios y lo que quiere comprar son acciones. “No es un capitalismo de producción sino de productos, es decir, de ventas o de mercados. Por eso es disperso, por eso la empresa ha ocupado el lugar de la fábrica”.¹⁴ Esta diferencia se puede observar en los salarios: las fuerzas interiores de la fábrica debían alcanzar un punto de equilibrio desequilibrante, lo más alto para la producción, lo más bajo para los salarios; en una sociedad de control, como las nuestras, la empresa busca imponer la modulación de cada salario, en estados metaestables punteados por confrontaciones, concursos y premios –Deleuze observa que el éxito de los concursos televisivos más estúpidos se debe a que expresan, como en un juego de espejos, la situación de las empresas.

Los medios analógicos distintos que convergían en un mismo propietario –el Estado o la iniciativa privada–, son en una sociedad de control figuras cifradas, deformables y transformables, de una misma empresa que ya sólo tiene gestores. Ahora, un mercado se conquista cuando se adquiere su control, cuando se pueden fijar los precios; mediante la transformación de los productos, y ya no mediante la formación de una disciplina, ni al abaratar los costes de producción ni mediante la especialización de la producción.¹⁵ El *marketing* es el instrumento de control social y establece que todos los estados son isomorfos; dominios de realización del capital en función de un solo y mismo mercado mundial exterior.

En este mismo sentido, si las máquinas expresan las formaciones sociales que las han creado y utilizado, entonces las sociedades de control actúan mediante

¹⁴ Deleuze, G., *Ibid.*, p. 297

¹⁵ Deleuze, G., *Ibid.*, p. 231

máquinas informáticas y computadoras que tienen riegos pasivos o activos: las interferencias y la piratería y la inoculación de virus. Las sociedades de soberanía, en cambio, operaban con máquinas simples –palancas, poleas, relojes- mientras las sociedades disciplinarias estaban equipadas con máquinas energéticas.¹⁶

Con los elementos que resultan de la defragmentación del capitalismo de superproducción, Deleuze plantea el modo en que se ejerce el control y su programa. El control se ejerce a corto plazo y mediante una rotación rápida, aunque también de forma continua e ilimitada. Un cuádrivio en lugar de la tríada de las disciplinas que tenía una larga duración, infinita y discontinua. El capitalismo se extiende desplazando, en franjas que operan globalmente, la extrema miseria de las tres cuartas partes de la humanidad. Los demasiado pobres para endeudarlos y los demasiado numerosos para encerrarlos.

El programa de las sociedades de control significa la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen de dominación. En el régimen empresarial hay nuevos modos de tratar el dinero, los productos y a los hombres. En el régimen hospitalario, la nueva medicina sin médicos ni enfermos localiza enfermos potenciales y grupos de riesgo. El cuerpo individual o numérico está siendo sustituido por una materia dividida cifrada que es preciso controlar. En el régimen escolar, las formas de control continuo y la acción de la formación permanente sobre la escuela. Tal vez, después de ser adaptados, reaparezcan algunos mecanismos tomados de las antiguas sociedades de soberanía. En el régimen carcelario, por ejemplo, hay una búsqueda de penas sustitutorias, al menos para delitos menores.

¹⁶ Deleuze, G., *Ibid.*, p. 296

Digresión sobre el tragaluz sin fondo

Vivimos en el reino del vínculo, del hipervínculo desmaterializado: Internet y los medios electrónicos hacen trizas los planos aproximados en el tiempo y en el espacio; muchas de nuestras actividades y transacciones se realizan en una megaciudad virtual. Algunos la conocen como Ciudad sin Junturas. Hoy, para saber qué tiempo hace, prendemos la televisión, no abrimos una ventana y miramos fuera. Los muros de cristal funcionan como pantallas lo mismo que las ventanillas en los aviones y en los trenes bala. Deleuze ha escrito que el par naturaleza-cuerpo o el par hombre-paisaje han sido sustituidos por el par ciudad-cerebro: la pantalla ya no es una puerta o una ventana tras la cual pasaba tal o cual cosa, no es un cuadro o un plano en el cual se representaba algo, sino un tablero de información por el que se deslizan las imágenes como “datos”.

Sobre la televisión se ha escrito mucho. La mayoría de esos escritos comparten una crítica que parte de las debilidades e imperfecciones asociadas a la televisión. Una crítica débil, por tanto. Deleuze, en cambio, parte de su perfección inmediata y suficiente, instantáneamente controlada y controlable. La televisión, “ha encontrado el medio de llegar a una perfección técnica que coincide estrictamente con la absoluta nulidad estética y noética ... la televisión no ha buscado su especificidad en una función estética, sino en una función social, función de control y de poder, reino del plano medio que rechaza toda aventura perceptiva en beneficio del ojo profesional”.¹⁷

La televisión se ha constituido como el consenso por excelencia, la técnica inmediatamente social, que no permite desincronización alguna respecto de lo social; la sociotécnica en estado puro. Burroughs cortocircuitó el canon

¹⁷ Deleuze, G., “Optimismo, pesimismo y viaje (carta a Serge Daney)”, en *Pourparlers*, ed. cit., p. 126

literario al sustituir el punto de vista del autor y de la autoridad por el del control y el controlador. ¿Cómo sería posible cortocircuitar la televisión? “Dios es tu televisor”. La televisión, como explica Deleuze, es la forma en que los nuevos poderes de control se convierten en poderes inmediatos y directos.

Resistir

En sus novelas Jünger y Burroughs describen espacios de resistencia individual o de pequeños grupos que funcionan bajo la lógica de los partisanos. Resistencias que escapan a los partidos, a las organizaciones molares de trabajadores o de estudiantes; resistencias que se juegan fuera de los esquemas liberales democráticos. A su manera, Foucault y Deleuze tampoco creyeron que fuera posible entablar una lucha efectiva contra los poderes de control desde las posturas de la democracia realmente existente. Los derechos humanos, el derecho a la información y a la diferencia, los “valores universales” de la democracia, de la comunicación y el consenso son coartadas con las que los poderes de control se corroboran a sí mismos. “Con razón temblamos”, escribe Deleuze, “cuando oímos hablar de la búsqueda de los universales de la comunicación”.¹⁸

Desde otro punto de aplicación, Deleuze comparte la desconfianza burroughsiana acerca de la comunicación. El dinero y los fines más aviesos de desmovilización y control la penetran enteramente. Pero más profundamente, crear siempre ha sido algo distinto que comunicar. En una conversación con estudiantes de cinematografía Deleuze mostraba que la comunicación es la propagación y la transmisión de una información. Una información es un conjunto de palabras de orden; cuando se nos informa se nos dice qué es lo que debemos creer o se nos pide que nos comportemos como si creyéramos en ello. Informar es hacer circular una palabra de orden; es el sistema

¹⁸ Deleuze, G., *Pourparlers*, ed. cit., p. 253

controlado de las palabras de orden que tienen lugar en nuestras sociedades. En ese sentido, la información es control.

¿Qué espacio queda, entonces, para la resistencia? Resistencia contra qué si todo funciona, si todos tenemos derecho a la comunicación y si ésta es el misterio resuelto de las sociedades democráticas. El acto de resistencia no es ni información ni contra-información. La contra-información sólo es efectiva cuando deviene acto de resistencia. La resistencia, para Deleuze, apela a la creación de un nuevo pueblo. Y crear siempre ha sido algo distinto que comunicar.

El vitalismo deleuziano: Cuando el control toma la vida por objetivo, la resistencia al poder ya invoca la vida y la vuelve contra el poder. “¿No es la fuerza procedente del afuera una cierta idea de la Vida, un cierto vitalismo? ¿No es la vida esa capacidad de resistir a la fuerza?”

“No hay lugar para el temor ni para la esperanza, sólo cabe buscar nuevas armas”.¹⁹

¹⁹ Deleuze, G., *Foucault*, ed. cit., p. 122

Bibliografía

Capítulo I

- Jünger, E., *Tempestades de acero*, Barcelona, Tusquets, 1987
- Jünger, E., *El mundo transformado –seguido de El instante peligroso–*, Valencia, Pre-textos, 2005
- Jünger, E., *El trabajador –dominio y figura–*, Barcelona, Tusquets, 1990
- Jünger, E., *Sobre el dolor –seguido de La movilización total y Fuego y movimiento*, Barcelona, Tusquets, 1995
- Jünger, E., *Sobre los acantilados de mármol*, Barcelona, Destino, 1986
- Jünger, E., *La paz –seguido de El nudo gordiano, El estado mundial y Alocución en Verdún–*, Barcelona, Tusquets, 1996
- Jünger, E., “Sobre la línea”, en *Acercas del nihilismo*, Barcelona, Paidós, 1994
- Jünger, E., *Heliópolis*, Barcelona, Seix barral, 1972
- Jünger, E., *La Emboscadura*, Barcelona, Tusquets, 1988
- Jünger, E., *Abejas de cristal*, Madrid, Alianza, 1992
- Jünger, E., *Esgrafiados –precedido de Carta siciliana al hombre de la luna*, Barcelona, Tusquets, 2005
- Jünger, E., *Radiaciones I –diarios de la segunda guerra mundial–*, Barcelona, Tusquets, 1989
- Jünger, E., *Radiaciones II –diarios de la segunda guerra mundial–*, Barcelona, Tusquets, 1989
- Jünger, E., *Pasados los setenta I*, Barcelona, Tusquets, 1995
- Jünger, E., *Pasados los setenta II*, Barcelona, Tusquets, 1996
- Jünger, E., *La tijera*, Barcelona, Tusquets, 1993
- Jünger, E., *Acercamientos –drogas y ebriedad–*, Barcelona, Tusquets, 2000
- Jünger, E., *Eumeswil*, Barcelona, Seix Barral, 1981

Spengler, O., *La decadencia de Occidente*, Madrid, Austral, 2004

Stirner, M., *El Único y su propiedad*, México, Juan Pablos editor, 1976

Heidegger, M., *Caminos del bosque*, Madrid, Alianza, 1998

Heidegger, M., *Serenidad*, Barcelona, Odós, 1989

Jünger, F.G., *Perfección y fracaso de la técnica*, Buenos Aires, Sur, 1968

Hervier, J., *Conversaciones con Ernst Jünger*, México, FCE, 1990

Gnoli, A., y Volpi, F., *Los titanes venideros –entrevistas a Ernst Jünger–*, Barcelona, Península, 1998

Capítulo II

Foucault, M., *Vigilar y castigar*, México, Siglo xxi editores, 1975

Foucault, M., *Seguridad, territorio, población*, Argentina, FCE, 2006

Foucault, M., *Dits et écrits II*, 1976-1988, Paris, Gallimard, 2001

Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, Argentina, FCE, 2007

Foucault, M., *La voluntad de saber*, México, siglo xxi editores, 1977

Deleuze, G., *Foucault*, México, Paidós, 1987

Dreyfus, H. y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México, UNAM, 1988

E. Balbier, G. Deleuze, H. Dreyfus, et. al., *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa, 1990

Burroughs, W. *Naked lunch*, (the restored text), N.Y., Grove Press, 2004

Capítulo III

Burroughs, W.S., *Naked lunch* (the restored text), N.Y., Grove Press, 2004

Burroughs, W.S., *The soft machine*, N.Y., Grove Press, 1994

Burroughs, W.S., *The ticket that exploded*, N.Y., Grove Press, 1994

Burroughs, *Nova Express*, N.Y., Grove Press/Atlantic, 1964

Burroughs, W.S., *Tierras del Occidente*, Barcelona, El Aleph editores, 2003

Burroughs, W.S., *The limits of control*, en <http://eng7007.pbwiki.com/BurroughsControl>

Burroughs, W.S., *Yonqui*, Barcelona, Anagrama, 1997

Burroughs, W.S., *The place of dead roads*, N.Y., Picador, 2001

Burroughs, W.S. y Mottram, E., *Snack...*, Valencia, Pre-textos, 1978

Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil plateaux (capitalisme et schizophrénie)*, Les Éditions de Minuit, 1980

Capítulo IV

Deleuze, G., *Pourparlers (1972-1990)*, Les Éditions de Minuit, París, 2003

Deleuze, G., *Foucault*, México, Paidós, 1987

Deleuze, Gilles, *Spinoza: immortalité et éternité*, Paris, Gallimard á voix haute, CD # 1, 2007

Deleuze, G., y Guattari, F., *Kafka –pour une littérature mineure-*, París, Les Éditions de Minuit, 1975

Deleuze, G., y Guattari, F., *Mille plateaux –capitalisme et schizophrénie-*, Les Éditions de Minuit, 1980

Deleuze, G., y Parnet, C., *Dialogues*, París, Flammarion, 1977

Deleuze, G., Foucault, M., Negri, A., et. al., *Ensayos sobre biopolítica*, B.A., Paidós, 2007

Guattari, F., *Caosmosis*, B. A., Manantial, 1996

Badiou, A., *Deleuze –el clamor del Ser-*, B.A., Manantial, 1997

Rajchman, J., *Deleuze –un mapa-*, B.A., Nueva Visión, 2004